Tomo XVI

REPERTORIO AMERICANO

Núm. 18

San José, Costa Rica 1928 Sábado 12 de Mayo

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

SUMARIO

Roberto J. Payró

En un país como el nuestro, en que la propensión a lo retórico viene de lo ancestral, no se disciernen fácilmente los méritos de un espíritu como el de Roberto Payró. Payró no ofrece al público hispanoamericano la atracción del atavío verbal, que determina con su lujo afectado o con los prodigios pueriles de su acrobacia una admiración más difundida hacia Montalvo que hacia Sarmiento, a pesar de qué éste revela, en su obra escrita como en su acción, los rasgos del hombre de genio, y es, sin duda, uno de los escritores más extraordinarios de nuestro idioma en el siglo XIX. Esa afición por lo teatral o grandilocuo impide medir en su importancia decisiva las cualidades permanentes de los que van más allá del mareo de la palabra, nos dan en lo que hacen lo interno de las cosas y que convierten la creación literaria en el reflejo perdurable de caracteres prototípicos, que es, en realidad, el fin de la literatura imaginativa. Roberto Payró se ha substraído a ese histrionismo que da la boga o la originalidad momentánea. Ha preferido consagrarse, desde su iniciación, a la labor seria, que se acumula con lentitud y que define en el examen de sus distintos valores el volumen poderoso de una personalidad.

¿Ha de creerse por eso que el novelista del *Casamiento de Laucha* y el cuentista de *Pago Chico* es de esos trabajadores intelectuales que se encierran en la soledad y se someten a la realización de su plan sin mezclarse a los conflictos del mundo? Payró no ha disfrutado de esa tranquilidad plácida que rodea al escritor en las ciudades de vieja civilización y que le permite servir a su ideal artístico sin desviaciones perturbadoras. Ha tenido el destino de todos los que aquí cultivan el pensamiento y que no conocen la orgullosa indiferencia por los asuntos que no se vinculan con su deseo o con su voluntad. Basta decir que es uno de nuestros periodistas más admirables y más completos para comprender lo múltiple de su actividad. Y cuando comenzó a escribir, el periodismo de Buenos Aires carecía aun de la amplitud que hoy lo individualiza. Participaba todavía de su aspecto antiguo. El diario, sin los grandes adelantos técnicos que estimula la vasta popularidad, era, más que nada, una tribuna de discusión política y de orientación doctrinaria, y los colaboradores o redactores eran, a su vez, políticos o diletantes de la política, a quienes atraía en las columnas del periódico el ruido de la polémica. Era una época en que el hombre argentino compendiaba en su actuación una multiplicidad enciclopédica. Payró se incorporó a la faena periodística sin tomarla como un recurso eventual, o como un paso hacia el comité o la elección, sino como un oficio definitivo, al que se sentía llevado por la generosidad de sus sentimientos como por el brío de la vocación. Pues fué siempre un buen ciudadano, a quien preocupaban las cuestiones públicas del país, porque le preocupaban profundamente las cuestiones humanas. Esa ley espiritual, ese fondo de idealismo que se advierte en sus libros, en su teatro, en sus numerosos trabajos de publicista, regía a los más altos directores de la existencia nacional. Pertenecía a la generación cuya alma se sedimentó con el eco de las luchas memorables que dieron origen a la definición de nuestra civilidad. No era una generación de escépticos y de pesimistas, que cruza los brazos ante el espectáculo del tumulto colectivo o se resguarda detrás de los muros de su torre para no disminuirse o para no alterar el ritmo de su vida pacífica. Payró, sin aspiraciones inferiores, sin los halagos compensadores que obtiene el que combate por un propó-



Insigne novelista argentino cuya muerte reciente deploramos.

En Roberto J. Payró el hombre y el escritor son una sola y misma cosa. Su honradez a toda prueba y su temple de varón traspasan fielmente a su prosa. Existe una cómoda tendencia a desligar el hombre del escritor, olvidando que los caracteres de éste están determinados y limitados por el de aquél, porque quien escribe es el hombre. Inútil buscar caracteres firmes en un escritor de alma blanducha, y honestidad en la pluma de un hombre que se vende. El respeto y la admiración profesados a Payró provienen precisamente de que el hombre y el escritor que hay en él no se han vendido nunca a idea, sentimiento o imposición alguna.

Horacio Quiroga

sito prático, hizo en los diarios chicos el aprendizaje minucioso de la profesión. Es esta una situación que no conoce el periodista europeo, reducido a su especialidad como un sabio a la suya, y que, sin duda, no comprendería la diversidad increible que constituye la tarea del diarista argentino, obligado a entender de todo, a comentar todo, a desentrañar cotidianamente, en el artículo sobre economía, sobre legislación, sobre el desenvolvimiento material de la República, el significado de los sucesos más diversos. Y mientras Payró se formaba como comentarista, como cronista y como repórter, se ensayaba ya en los géneros literarios que debían más tarde darnos un cultor tan acabado y tan rico en dones de inconfundible modalidad. Así anduvo a través de las redacciones, en la Capital y en el interior, hasta entrar, hace más de treinta años,— un tercio de siglo,—a *La Nación*, donde adquiría desarrollo y hallaba aliento el que escogía la carrera de las letras. Escribían en *La Nación* los que en ese tiempo dominaban el interés de la gente ilustrada. Los novelistrs célebres, los pensadores de ánimo renovador, los críticos que formaban una promesa de verdad reveladora, en Europa y en América, encontraban en las páginas de *La Nactón* su cátedra libre. Payró, que se había educado en la cultura ecléctica, absorbida en distintas lenguas, pudo, en un medio favorable a su idiosincracia, completar su vigoroso desenvolvimiento.

Con ello está dicho que Payró conoció las agitaciones exteriores, ajenas en otras partes a la vida del escritor, y que entre nosotros sólo se goza por excepción. No obstante eso, su obra no se resiente de instabilidad. Eligió un camino y lo siguió con perseverancia, sin alterar sus condiciones esenciales y sin desnaturalizar su propio temperamento. La estructura de su mentalidad no acusa las vacilaciones contradictorias que tipifican al espíritu de débil complexión, moldeado continuamente por la variedad sucesiva de las modas, de las escuelas, de las teorías que se enuncian y que expresan, dentro del incesante movimiento de evolución, períodos de crisis, en que se precipitan para ahogarse los que no tienen fuerza en sí mismos. En el momento de su formación no existía en Buenos Aires lo que llamamos el ambiente literario. La literatura se entremezclaba con la política militante y con los entreactos de la sociedad. Existían algunos acentuados perfiles de escritores o de poetas, pero no ofrecían esa densidad y esa coherencia que casi se percibe en la uniformidad de una clase, como sucede en los días actuales. El gusto general reproducía las fallas de las influencias dominantes, agravadas por el culteranismo fácil, que se ahondó con el predominio de la oratoria en el verso y en la prosa de 1880 y que inclinaba hacia los modelos menos recomendables. Eran las influencias nacidas de ese pseudo-clasicismo que se venía arrastrando desde el siglo XVIII y que aquí maduraba en frutos secos de imitación. Un falso casticismo, floración de retórica yerta, se unía a la vacuidad íntima de la producción. Los poetas y los prosistas calcaban en los rancios moldes su cháchara vanidosamente académica, fieles a las estéticas reglas de Luzán, transmitidas por las cartillas preceptivas, y lo que se alejaba de este tono, por el albedrío espontáneo, por el sabor fuerte, por el vigor de la naturalidad, parecía un fenómeno extraño al arte, una especie de sublevación que confinaba en el sacrilegio.

* * *

¿Cuál habría sido la obra de Payró en un medio menos hostil a la literatura que el nuestro, y entiendo por hostil el medio que no permite al escritor vivir de su producción y concentrarse con profundidad? Su obra no sería diferente en su carácter, pero sería tal vez más copiosa. Sin embargo, su bibliografía es vastísima. Si dentro del género periodístico suma volúmenes tan importantes como *La Australia Argentina*, *Crónicas* o *En las tierras de Inti*, en que describe con riqueza de color el paisaje de los lugares distantes, estudia los problemas locales o anota reflexiones agudas sobre hechos y costumbres, su labor artística se aglomera en tomos numerosos y representa el esfuerzo de creación cuyo valor no está en condiciones de apreciar el literato que hace una vida reposada y metódica en los centros en que la actividad literaria significa el desahogo y la posibilidad del constante perfeccionamiento. Mas, esos libros y esos dramas de Payró se han construído en el descanso del periódico. Esto es, se han forjado en el tiempo sobrante entre una jornada y otra, en el jadeo terrible de la faena sin fin. Conocemos la vida de los literatos europeos. Nada interrumpe su ritmo seguro y regular. Basta ver cómo viven. Viven como los privilegiados de la fortuna, en un ambiente refinado de arte y de suntuosidad, poseen residencias espléndidas, refugios amables para olvidar el tumulto de las ciudades ruidosas. Así pulen, en el grave silencio de su gabinete, las páginas y los capítulos que forman el libro anual, la pieza de teatro, el tomo de meditaciones. De este modo, el más mediocre de los productores halla cómo atenuar su medianía. Y si comparamos la agitada y entrecortada tarea del escritor argentino con esa voluptuosa virtuosidad del artista europeo, tenemos que reconocer la admirable solidez mental, el incomparable entusiasmo, la fe firme del que aquí encuentra ánimo todavía para sentarse en su mesa de trabajo, después de haber rendido, bajo el apremio implacable, lo mejor de su capacidad, en la hoja fugitiva. Y dentro de la confusión infinita de esa fagina, en que el periodista cultiva en el desorden los temas universales, Roberto Payró ha podido conservar la continuidad del método. Se ha impuesto una disciplina y paralelamente con la labor del periodista, ha desenvuelto su labor literaria. Su producción teatral se vincula con el nacimientro del teatro argentino. *Canción trágica*, *Sobre las ruinas*, *Marco Severi*, pertenecen al período de incubación de nuestro teatro. En esa época no estaba acostumbrado el público a presenciar en la escena la decripción de hábitos o de tipos del país, y sólo veía, en alguna sala de suburbio o en algún apartado barracón, petipiezas, zarzuelas o melodramas de primitiva factura. Con Florencio Sánchez y con Payró nació el robusto florecimiento del drama y de la comedia. Payró ha intentado desde el comienzo el teatro de ideas, fundado en problemas típicos, como *Sobre l s ruinas*, o en problemas de más dilatada concepción humana, como en *Marco Severi*, en que se manifiesta ese hondo sentimiento de cordialidad, esa tibieza bondadosa que circula en toda la obra de Payró, con la vivacidad expansiva, con la fuerza dominante de una virtud de atracción. Entretanto, así como no abandonaba el periodismo, tampoco se apartaba del cuento y de la novela. Los cuentos de *Pago Chico*, que se publicaban en los diarios y en las revistas, habían revelado una veta maravillosa de la cual extraía el escritor la esencia de la vida provinciana. La conocía Payró. Como periodista, había recorrido el país y como periodista vivió, tierra adentro, en una de esas ciudades en que la existencia se reparte entre la intriga minúscula en torno de las autoridades lugareñas y las conversaciones del club. Los personajes y los sucesos de *Pago Chico* nos pintan a esa ciudad multiplicada e imprecisa cuya geografía se abarca desde la ventanilla del tren. Allí tejió Roberto Payró los relatos simples, cómicos y dolorosos a la vez, que ofrecen la unidad de una novela. Nos ha mostrado las cavilaciones, las miserias morales, las vanidades grotescas, el subsuelo movedizo de esa ahogada comunidad que es, al fin y al cabo, la imagen borrosa y triste de las comunidades todas. *Pago Chico* es el precedente del *Casamiento de Laucha*. Mas, *El Casamiento de Laucha*, que Agustín Alvarez consideraba como el mejor documento de la vida criolla y en su opinión debía colocarse al lado de *Martín Fierro*, es una narración sobre una base central, sin desviaciones episódicas, y que produce en nosotros la impresión de una obra maestra. Emilio Becher, al hacer en *La Nación* el juicio sobre esta novela, dijo que era el fruto perfecto de un talento maduro. Efectivamente, es una obra maestra. El protagonista no se borra de nuestra memoria. Emerge de la descripción, neta, breve, visible, como de los relieves de una talla, con la movilidad de los seres vivos. ¿Se habrá propuesto Payró restablecer, como se ha dicho, la novela picaresca, extinguida en España después de los dos o tres grandes monumentos que batieron y agotaron al género y cuyo vestigio disperso subsiste en los sainetes de D. Ramón de la Cruz, el jugoso y remoto sucesor de Lope de Rueda? No creo que Payró haya tenido el propósito deliberado de ajustarse a un procedimiento, de sujetarse a un plano técnicamente diseñado. No se conciben las obras de esa índole de acuerdo con un programa anticipado. El escritor verdadero, al ponerse a escribir no sabe que está escribiendo. Si sabe, si se administra con minuciosidad, si mide, tasa y regula los elementos que componen su obra, no es escritor, sino esa otra cosa, flor de cultura y de arte estudiado, que es el literato y que nunca nos dará la sensación total de la vida. El escritor posee el poder jehóvico de soplar el barro e infundir el pulso caliente de lo vital. Payró, a quien los literatos reprocharán su desguarnecimiento ornamental, domina esa facultad milagrosa. El barro se anima en sus manos, adquiere la dúctil elasticidad, la armoniosa coherencia de lo que vive y nos reproduce en nuestra vulgaridad, en nuestros defectos, en nuestras cualidades. En las aldeas campesinas se impregnó del olor de la tierra, llenó su pupila, exacta y ensoñada a la vez, con la certeza del panorama uniforme y gris, como los caminos castellanos por donde peregrinaron las filas de pícaros, y vió a la gente confiada, la buena gente, la gente dócil e inerte, y a los que hallan en la ingenuidad ajena su próvida mercancía. Vió a Laucha, ingenioso, inquieto, voluble, hablador, al cura que vende falsos certificados de matrimonio, y con eso hizo su novela, limpia, lisa, fuerte, rotunda, que nos retrotrae a la época en que el mendigo estupendo andaba por el mundo con el lazarillo prodigioso. Leed *El casamiento de Laucha*. Volvedlo a leer. Veréis cómo es absolutamente imposible cambiarle una situación, substituir un término, reemplazar una expresión. En su simplicidad completa tiene la perfección cabal de una joya. ¿Reside su mérito en el ajuste circunspecto de sus componentes literarios? Desde luego, está hecho con ese arte de ensambladura sin la cual la obra imaginativa pierde su eficiencia y se anonada en lo caótico de cuyo abismo sólo la salva el

genio. Hay algo más alto y más duradero en *El casamiento de Laucha* que la mera pericia del artista. Es la síntesis del pueblo chico y sofocante, y es una evocación de tipos, una poderosa evocación de vida, que por sobre la realidad documentaria, por sobre la exactitud detallada de los hechos, se transforma en un símbolo, mucho más verídico que la verdad conocida y mucho más expresivo en su conjunto de creación orgánica, que los múltiples individuos aislados que tienen en ese héroe de la malicia encontradiza y tornadiza su medida y su ley. Se percibe en ese libro, que quiero entre todos los libros de Payró, un rasgo más de semejanza con la novela picaresca. Es su ironía pesimista. Payró es de esos corazones generosos que no huyen de la veracidad desagradable o cruel. Presencia el espectáculo de la cosas irritantes, sin que el moralista y el filósofo turben la aptitud receptiva del novelista. Y su pícaro sale de sus escritos con el desnudo verismo de la naturalidad, de la frescura, de la gracia que lo engendraron. No es el suyo un pesimismo de escuela, un comentario deductivo, una áspera justificación de doctrina. Es una antítesis doliente de las ideas artificiales, que resulta de la observación, de la penetración de la simpatía humana y que centraliza en las figuras ostensibles, índices de psicología colectiva. Se diría que Payró, en la modelación de esos tipos, ha esquematizado la realidad para mostrarnos lo deleznable, lo feo de ella, con el objeto de que nos esforcemos en crear una apariencia más grata, un aspecto más dulce de la vida. Es un escritor de valores sociales. No nos cansemos de decirlo puesto que únicamente los que se sumergen en el limo de la sociedad, bucean su alma compleja, su crueldad brutal, su espesa injusticia, sacarán de sus obscuras entrañas los símiles que educarán y mejorarán, con la persecución de su deforme fisonomía moral, a los que vegetan en la amoralidad por la inercia. La sociedad no se divide en buenos y malos, como si se atuviera al catálogo de los confesores. La ausencia de bondad en las costumbres es una ausencia de sensibilidad, es decir, un fenómeno de incultura y de ininteligencia.

* * *

En el homenaje que hicieron en Londres a Anatole France, en 1914, presidido por Thomas Barcklay, el autor de *Thais*, al contestarle, dijo que los pueblos cordiales aman la novela porque la novela es el fruto de las almas cordiales. No conozco un hombre más hondamente cordial que Roberto Payró. La bondad de su espíritu se transparenta en lo que escribe con tan pristina dulcedumbre que el lector se le acerca con la confianza de un viejo amigo. Y esa bondad, esa cordialidad, nos lo demuestra, en su vida como en su obra, bajo su verdadera faz. Hay en su alma, que ama la justicia, que tiene una inagotable capacidad de la ilusión generosa, un dominio quijotil que lo renueva incensantemente y que, como a sus personajes mejores, lo lleva, invariablemente, a un altruismo que afronta los obstáculos y el sacrificio con una sonriente temeridad. ¿No recordáts su acción durante la guerra y que nos sofocó aquí durante años en una angustia punzante? En ese negro lustro, Payró fue un combatiente de la causa de la civilización y de la libertad, en medio del campamento germánico establecido en Bélgica con un cerco de caños y con un foso de sangre. La gente no comprendía esa audaz persistencia de juez que sometía al invasor a su implacable requisitoria, que tuvo por consecuencia el confinamiento y que pudo haberle llevado, como lo temíamos y no nos atrevíamos a suponerlo, a la catástrofe. Nos lo explicábamos nosotros porque lo conocíamos. Yo me lo explicaba porque su corazón me es familiar. Sí; convivo con su espiritu desde el comienzo de mi adolescencia. Me le acerqué cuando yo era niño y continúo en su presencia, como entonces, en la misma admiración, en el mismo fervor de afecto. Sabe el público lo que es Payró como gran escritor, como escritor que en la literatura argentina representa un valor definitivo; sabe lo que es como publicista y como periodista. Nosotros, los que pertenecemos a su intimidad, que somos los testigos de su vida, sabemos algo más; sabemos lo que vale el hombre, lo que ha hecho como espíritu centralizador y formador de espíritus; sabemos el mérito de su obra que no está en las páginas escritas, que se ha dispersado en una creación no menos fecunda y que expresa la secreta influencia del maestro.

Alberto Gerchunoff

(Del N.º 25 de *Babel*, Buenos Aires; entrega dispuesta en homenaje a Payró).

1925.

El casamiento de Laucha

Novela picaresca

Por

Roberto J. Payró

=Según la tercera edición. Serie A. Vol. XLIV de *Babel* (Biblioteca Argentina de Buenas Ediciones Literarias) Director: Samuel Glusberg. Buenos Aires. 1927.=

La primera edición de *El Casamiento de Laucha* es de 1906.

Otras obras de Payró:

La Australia Argentina (Viajes por Patagonia, 1898).—*Cronicas* (1909).—*En las tierras de Inti* (Viajes por el Norte argentino, 1909).—*Pago Chico* (Costumbres criollas, 1908).—*Divertidas aventuras del nieto de Juan Moreira* (Novela, 1910).—*El Capitán Vergara* (Crónica romancesca de la conquista del Río de la Plata, 1925).

El nombre de Laucha,—apodo y no apellido—le sentaba a las mil maravillas.

Era pequeñito, delgado, receloso, móvil; la boca parecía un hociquillo orlado de poco y rígido bigote; los ojos negros, como cuentas de azabache, algo saltones, sin blanco casi, añadían a la semejanza, completada por la cara angostita, la frente fugitiva y estrecha, el cabello descolorido, arratonado...

Laucha era, por otra parte, su único nombre posible. Laucha le llamaron cuando niño en la provincia del interior donde nació; Laucha comenzaron a apodarle después, allí donde lo llevó la suerte de su vida, desde temprano aventurera; por Laucha se le conoció en Buenos Aires, llegado apenas, sin que a nadie se le pudiese atribuir la invención del sobrenombre, y Laucha le han dicho grandes y pequeños durante un período de treinta y un años, desde que cumplió los cinco, hasta que murió a los treinta y seis...

De sus mismos labios oí la narración de la aventura culminante de su vida, y, en estas páginas me he esforzado por reproducirla tal como se la escuché. Desgraciadamente Laucha ya no está aquí para corregirme, si incurro en error; pero puedo afirmar que no me aparto de la verdad muchos centímetros.

I

Pues, señor, después de andar unos años por Tucumán, Salta, Jujuy y Santiago, ganándome la vida perra como Dios me daba a entender, unas veces de bolichero, otras de mercachifle, de repente de peón, de repente de maestro de escuela, aquí en un pueblo, allí en una ciudad, allá en una estancia, más allá en un ingenio, siempre pobre, siempre rotoso, algunos días con hambre, todos los días sin plata,—comencé por fin a temar con que puede ser que fuera mejor en Buenos Aires, en donde nunca me podría ir peor, porque esas provincias nunca son buenas para hombres así, como yo, sin un peso, ni mucha letra menuda, ni mucha fuerza...ni muchas ganas de trabajar tampoco... Y tanto temé, que al fin resolví largarme y principié a hacer economías de a centavo—¡yo que nunca había juntado plata!—hasta que reuní todo lo que necesitaba para el viaje... lo preciso y nada más.

No he de contar los milagros y otras vivezas que tuve que hacer para juntar la platita: ya se lo imaginarán, y de no, poco importa. El caso es que un día me acomodé en el tren,—claro que en segunda, porque no habia boleto de perro!—llegué hasta Córdoba, subí al Central Argentino, y en el Rosario me embarqué para Campana en el vapor de la carrera, porque la cosa salía más barata... Campana era entonces el puerto de salida y de llegada de los vapores del Paraná, y ahí mismo se tomaba el tren para Buenos Aires.

Desembarqué con mi equipaje, que era un poncho grueso de lana, criollo, de los tejidos a mano, muy lleno de colorinches, y que le había ganado a la taba a un peón catamarqueño en Tucumán: se lo había hecho la mujer qué sé yo en qué punta de años...

¡Ah! ya había volado hasta el último cobre en las comidas y copetines del viaje, así es que me encontré en Campana con que para seguir a Buenos Aires tenía que empeñar o vender alguna prenda... y a no ser el poncho... Creerán que esto no tiene nada ver con mi casamiento; pero esperen un poco... La miseria, como buena vieja brava, hace con el hombre lo que que se le antoja... A mí me hizo llegar hasta el casorio; ya verán...

II

Bueno, pues, anduve de tienda en tienda queriendo vender el poncho y sacar boleto con la platita, pero sin suerte porque no encontraba ningún aficionado.

—Esos ponchos no se usan por acá,—me decía uno.

—Ya tengo demasiados ponchos—me decía otro.

—No compro ropa usada,—me gritó furioso un tendero gallego que no tenía más que clavos del tiempo de ñaupa.

Por fin un bolichero me dió por él cuatro nacionales,—y digo nacionales porque ya habían cambiado la moneda antigua—bolivianos o pesos del carnerito—tan linda y tan rendidora

El boleto de segunda de Campana a Buenos Aires valía entonces alrededor de peso y medio o dos pesos, y no como ahora que cobran cerca de cinco. Así es que yo estaba bien, al fin y al cabo, gracias al ponchito catamarqueño... Pero mi maldita suerte, que no me va a dejar en la pucha vida, quiso que mientras andaba entretenido en el cambalache del poncho, el tren se mandara a mudar sin esperarme... ya ven, no tenía reloj, y aunque tuviera no me iba a ir sin boleto y sin plata.

Lo peor es que para ese tiempo no había más que un tren al día, y me tuve que quedar en Campana, y comer y dormir en un bodegón y posada en que sabían parar los reseros que llevaban hacienda para el saladero, que después se hizo frigorífico. La historia me costó peso y medio, así es que me quedó tecleando. ¡Miren qué polaina!

A la noche anduve ronciando la mesa de los reseros que despuntaban el vicio al mus. Los ojos se me iban, pero jugaban muy fuerte—cinco pesos la caja... ¡Figúrense! yo no iba a pedir media caja, está claro... Me quedé con las ganas y me fuí a dormir.

Al otro día me clavé en la estación media hora antes que el tren... y no lo perdí esa vez. Pero ¡vean si no me sobra razón para hablar de mi suerte perra! Bajé en una estación para tomar una copa, y cuando acordé el tren iba pita que te pita, a cinco cuadras!

No, no se me rían: no estaba ni alegrón siquiera, aunque otro pasajero llevaba un frasco de ginebra marca llave (que no es como la de ahora) y de vez en cuando me convidara a pegarle un beso... ¡Bueno, bueno! sea como sea, el caso es que me quedé en la estación de Benavídez, que no tenía ¡qué iba a tener! ni sombra de los pobladores que tiene hoy. Volví bastante tristón a la pulpería de frente al tren, donde había estado antes, y que era un boliche con cuatro botellas locas, un queso viejo del país, un pedazo de dulce de membrillo amohosado, y media docena de salchichones entre una pila de cajas de sardinas...

Me puse a conversar con el pulpero, y al rato éramos amigotes. Lo convidé con una copa—porque todavía me quedaban unos centavos,—y cuando le hablé de lo pobre y apurado que estaba, me dijo que por las chacras de ahí cerca andaban necesitando peones para el maíz y que era fácil que me conchabaran si no era muy mulita y no me rendía de estarme al sol el día en peso. Yo, la verdad, no he nacido sino para trabajos de escritorio, de esos de hacer nada, sentadito a la sombra,—pero la necesidad tiene cara de hereje, y ese mismo día me conchabé con un chacarero que, del partido de las Conchas, donde está la estación Benavídez, me llevó para el Pilar, a recoger maíz.

¡Qué quieren! A los dos días ya no podía más, charqueado por el sol, y trasijado por el trabajo bruto. Le cobré dos jornales al chacarero, que me raboneó unos cuantos centavos como buen gringo, me largué a Belén, que estaba cerquita, a buscar otro acomodo más conveniente, y ahí fué donde empezó el baile... o donde siguió, porque ya hacía rato que había principiado...

No hice huesos viejos en Belén. Antes de la semana ya me había ido sin rumbo, y seguí de pueblo en pueblo y de chacra en estancia, alejándome cada vez más de Buenos Aires, como si en mi perra vida hubiera pensado ver a los porteños. Válgale a la suerte que juega con el hombre como el viento con la paja voladora.

III

Una mañanita que estaba en una esquina, muy lejos para el suroeste, matando el bicho con una copa de caña paraguaya, me puse a conversarle al patrón, porque yo era el único marchante y él se aburría como yo, del otro lado de la reja, medio echado de barriga sobre el mostrador y con la cara muerta de sueño entre las manos. Yo andaba otra vez sin trabajo y con poquitos cobres en el bolsillo... Es que no me puedo conformar con que me manden, ni con echar los bofes como una mula...

—¿Para dónde va ese camino?—le pregunté entre otras cosas al pulpero, mostrándole con la zurda—en la otra tenía el vaso,—una huella que agarraba para el sur.

—A Pago Chico. Esa huella sigue derechito como unas seis leguas, y va a dar a la misma estación del ferrocarril del Pago...

Yo había oído las mentas de ese partido, y me entraron ganas de ir, por puro gusto: al fin y al cabo, lo mismo era trabajar allí que en cualquier otra parte, y el mismo gusto tiene una copa de ginebra legítima. Pero como no tenía caballo ni de donde sacarlo, y seis leguas a pie son mucha música, le pregunté al pulpero si no caería alguna carreta o algún carro que me llevara.

—No, amigo, me contestó:—esas huellas son de las tropas que pasaban antes con lana para Buenos Aires, pero desde hace un año ya no andan, porque todo se lo lleva el tren.

—¡Caramba, amigo, que lástima!

—¡Mire qué casualidad!—siguió el pulpero al ratito.—¡No me acordaba, hombre! Tiene suerte, porque hoy mismo, y cuando más mañana, va a venir la jardinera del almacén del pueblo que trae surtido para todas las esquinas del camino al Pago, y para mi casa también.

—¿Y de ahí?

—El repartidor lo llevará, si se le hace amigo.

—¡Oh, y cómo no! Lo voy a esperar no más, porque de veras que tengo muchas ganas de conocer Pago Chico. Es un pueblo grande, ¿no?

—Bastante.

—¿Y tiene escritorios y tiendas?

—¡Ya lo creo!

—¡Magnífico!

Y me quedé tomando una que otra copita con el pulpero que era un buen gallego acriollado, hasta que a eso de las diez de la mañana, apareció sobre un albardón una manchita negra que iba agrandándose despacio entre el verde del campo.

—¿Ve eso?—me preguntó el pulpero.—¿Y sabe lo que es?

—¡Sí, la jardinera! La cuestión será que me quiera llevar el almacenero...

—Por eso pierda cuidado, porque es un muchacho bueno y servicial, y a más, si usted sabe ganarle el lado de las casas, hará lo que quiera con él...

Con esta seguridad, y aunque me quedara tecleando la platita, le compré provisiones para el viaje, salchichón, queso, galleta, cigarros, fósforos, y ...nada más... Aunque también me parece que le pedí dos cuartas de vino carlón...

Llegó el repartidor del almacén, y después de unas cuantas copas y un poco de jarana, no tuvo inconveniente en llevarme, como me había dicho el pulpero.

El hombre era conversador, yo nunca he sido manco, así es que la charla empezó en cuanto salimos de la pulpería...eso sin contar el aperital de adentro...

Volvía de vacío, los caballos eran buenos, obscurecía tarde, y de consiguiente podíamos llegar ese mismo día a Pago Chico.

Le conté mi vida; él me contó la suya desde que vino de España: siempre detrás del mostrador, sin salir ni los días de su santo, hasta que lo hicieron repartidor, y andaba como bola sin manija, trotando en la jardinera, y tardándose dos y tres días para volver al Pago. Cuando le hablé que buscaba conchabo, me dijo:

—Si usted quiera trabajar sin deslomarse, ya sé lo que le conviene. Lo dejaré a una legua de Pago Chico, en la pulpería de doña Carolina, que allí encontrará en qué pichulear algo.

—¡Magnífico, amigo. Yo para todo estoy pronto, en tratándose de trabajar, y más cuando ya casi no me queda ni un centavo, como ahora...

—Entonces, doña Carolina anda buscando un dependiente que le convenga...Pero es muy delicada, y una punta han tenido que volverse sin que los tomase...Por eso ahora ya nadie va. En fin: de todos modos, usted encontrará trabajo, porque ahí cerquita está el campo de los Torres, y siempre necesitan peones.

Almorzamos, sin dejar el trote y galope; yo pesqué un rato despertándome con los barquinazos; volvimos a charlar, a fumar, a tomar unos traguitos; por fin, a la tardecita llegamos al destino de que hablara el hombre, y nos apeamos.

IV

La casa era bastante grandecita, con negocio de almacén, tienda, y un poco de ferretería. Tenía también un despacho de bebidas, con gran reja de fierro adelante del mostradorcito, y sin mesas, ni bancos, ni menos sillas, para que el paisanaje y el gringaje, no teniendo en qué sentarse, se largara en cuantito tomaba la tarde o la mañana.

Entramos a la ramada, y del otro lado de la reja se nos apareció una mujer de más de treinta años,—después supe que tenía treinta y cuatro,—bastante buena moza todavía, alta, muy blanca, de pelo negro y ojos oscuros. Cuando nos contestó las buenas tardes, conocí que era italiana.

—Doña Carolina,—le dijo el repartidor—aquí le traigo un forastero que anda medio en desgracia, y como el hombre busca trabajo, yo le he dicho que aquí puede ser que encuentre. ¿Qué le parece?

—Sí,—contestó la mujer mirándome con atención;—si se queda por acá, luego o mañana no más, han de venir del establecimiento de Torres... Lo pueden conchabar...

—Y usted, doña Carolina, ¿por qué no lo toma de dependiente?

Es mozo vivo y capaz de ayudarla.

—¡Oh, yo!—dijo la gringa suspirando,—ya no pienso en eso. Se me ha ido la idea.

—No importa,—le dije,—me quedaré a esperar a los de Torres. Y, de mientras, sírvanos dos vasos de vino que sea bueno, que estoy galgueando de sed, y este compañero no le digo nada.

Tomamos el vino, que era bastante rico, y el repartidor se despidió porque tenía apuro de llegar al pueblo. Yo me quedé a la espera, mirando la casa, para matar el tiempo. El almacén estaba regularcito de surtido, con muchas bebidas, latas de conservas en un estante, salchichones y tocino colgados del techo, queso y dulce de membrillo en una vidriera, junto con masas de facturería, caramelos largos, pan viejo y galleta.

Había también cosas de ferretería, frenos, facones, cuchillos, tijeras de esquilar, hachas, lebrillos y cacerolas y una punta de chirimbolos, pero del otro lado de la reja, lo mismo que las cosas de tienda, bramante, zaraza, coleta, ponchos, camisetas, pañoletas, calzoncillos, chiripás, hilo, canutillo, pañuelos de seda celestes y colorados, y qué sé yo qué más.

La casa era un galpón grande con techo de fierro, y al fondo tenía un cuartito que me pareció el dormitorio de doña Carolina. Afuera, a unas diez varas y como cuadrando la especie de patio de tierra pisoteada, que quedaba entre la ramada y el palenque, había otro galpón más chico, pelado, sin otra cosa que un fogón en el medio, hecho con una llanta de carro, y lleno de ceniza: no había cama, ni en qué sentarse, pero era la *comodidad* de los forasteros que se quedaban a dormir en el negocio. Eso no es nada para cualquier hombre de campo, que arma cama con el recado; pero yo, sin más que lo puesto, ni una pilcha para abrigo, lo iba a pasar muy mal si no llegaban a tiempo los de Torres...

Me llamó muchísimo la atención no ver a nadie más que a doña Carolina, ni en las casas, ni en el galpón, ni por ahí cerca. Los animales que andaban en un pastizal medio alambrado, eran cinco o seis guachitos y un overo rosado que, por la pinta, debía ser viejo y manso y de la silla de doña Carolina.

Afuera de la ramada había colgado un cuarto de carne, y una nube de moscas revoloteaban alrededor, mientras que otras, paradas, estaban acresándolo. Pero de balde miré a todos lados a ver si había gente: no ví a nadie.

—¿Cómo puede vivir esta pobre mujer, en esta soledad?—pensé.—Los perros no bastan para cuidarla, porque cualquier malevo los achura, y después a ella, y le roba hasta la última hilacha... !Se necesita ser guapa!... Sólo que la gente haya ido al pueblo...

Ya me empezaba a interesar la gringa, así es que me volví a las casas y le pregunté:

—Perdone, misia Carolina; pero ¿usted está sola aquí, en esta casa?

—Sí, me contestó—no somos más que yo, y un viejito que está ahí, en el bajo del arroyo, cuidando los chanchos. Es el que me ayuda un poco.

—¡Caramba, señora! ¿Y no tiene miedo de vivir tan retirada del pueblo, en esta soledad? Porque el viejo poco ha de servir para compaña...

—¡Así es, el pobre ya está muy viejo... Y aunque yo tengo una escopeta y soy capaz de usarla, a veces me da miedo... Por eso pensaba tomar alguno para que me acompañara y me ayudara a despachar... ¡pero, qué quiere!...

Al decir esto, me miró muy seria, muy atenta, y después se quedó callada.

—¿Y por qué no lo ha hecho?—le pregunté por fin.

—¡Eh! ¡por qué! ¡por qué!... Porque los que querían conchabarse no me convenían... y como no puedo pagar más de quince pesos al mes... Por ese sueldo hoy no se acomodan más que los que no sirven, aunque se les dé la casa y la comida...

Yo, entonces, medio serio, medio riéndome, le dije:

—¿Y yo también soy de los que no sirven?

—¡Oh!, ¡usted no!—me contestó mirándome a los ojos.

—¿Y entonces? ¿no le dijo mi amigo el repartidor?...

—Sí, son cosas que se dicen, y después...

—Pues mire, señora, lo que es yo, trabajaría con usted, no digo por esa plata... hasta por mucho menos...Estoy cansado de andar rodando... Lo que tiene, que no traigo recomendaciones... ni tengo en el Pago más conocido que el repartidor...

Doña Carolina me volvió a mirar un rato, sin abrir la boca, como para verme las intenciones en la cara. Yo no soy un buen mozo, ya lo sé, pero tengo algo, algo que me hace simpático, sobre todo a las mujeres. ¿Se ríen? ¡Oh!... pues si yo les contara... El caso es que a doña Carolina le debí parecer buen muchacho, porque en seguida me dijo:

—Si fuera sólo por eso de las recomendaciones, no importaría, porque usted no tiene laya de ser mala persona, al contrario!... Pero, ¡qué ha de querer una colocación así, cuando hasta de peón puede ganar dos o tres pesos diarios, cuando menos!

Le conté entonces que yo era más pueblero que hombre de campo, y que no me gustaba trabajar al viento y al sol, como tenía que hacerlo para no morirme de hambre desde que principié a andar en la mala y perdí lo poco mío que tenía. Le dije que me quitaron un empleito en Buenos Aires, por intrigas de un compañero traidor que me quería sustituir; que después anduve por las provincias del interior, corriendo tierras y buscando la suerte, pero que todo me salió mal hasta que tuve que volverme con una mano atrás y otra adelante. En fin, le hice un cuento de los que no se empardan y ella me escuchaba con mucho interés y atención: hasta me parece que lagrimeó un poco...

En esto entraron unos carreros a tomar la copa y yo me salí para el patio.

Los carreros andaban apurados y se fueron en seguida. Doña Carolina me chistó:

—Bueno—me dijo—si quiere, quédese aquí unos días para probar...

—¡Qué probar ni qué probar! Si me quedo aquí, será para toda la vida!—dije entusiasmado.

—¡Quién sabe!... En fin, le pagaré por ahora los quince pesos, y después... si los negocios andan bien, veremos... Le daré un poco de ropa, tiene la comida asegurada, y puede dormir en el galpón, que yo le prestaré unas jergas para blandura y un ponchito para que se tape.

Ahí no más cepillé un gato de puro contento.

V

Cuando volví a salir al patio ya era casi de noche, y me encontré al viejo de los chanchos que había vuelto al entrarse el sol. Estaba pitando un cigarro negro, sentado en una cabeza de vaca, a la puerta del galpón, por la que se veían las llamaradas de una fogata de leña y un humazo terrible que no dejaba divisar las paredes.

—¿Tomando el fresco, paisano?—le pregunté, para entrar en conversación.

—Ansina mismo es, don—me contestó;—demientras se calienta l'agua y medio si asa el churrasco. ¿Quiere dentrar y prenderle a un verde?

—Con mucho gusto, amigo don...

—Cipriano, p'a servirlo,—añadió el viejo, que se sacó el pucho negro de la boca, mirándolo y remirándolo, como con pena de que se le acabara tan pronto.

Entramos en el galpón. Al lado del fuego, que ardía con grandes llamas y chisporroteo de leña verde, echando un humo espeso y agrio que hacía lagrimear, hervía una inmensa pava, negra de ollín; al lado estaba la enorme yerbera cuadrada, de palo, mediada de yerba parnanguá, entre la que se asentaba el mate, una galleta muy bien retobada con vejiga. Al calor de la llama se iba asando un pedazo de carne de la que ví colgada, y ahí no más, cerquita, el porrón de la salmuera. El viejo era amigo de su comodidad. Entró la cabeza de vaca, yo me senté en otra, y comenzamos a matear y a menearle taba.

—Y ¿p'ande va, amigo?—me preguntó don Cipriano, brindándome un amargo.—¿Porque usted no es del Pago, ¿no?

—No; no soy del Pago, pero voy a ser—le dije.

—¡Ajá, está bueno! ¿Y ande piensa trabajar?... si me permite la pregunta.

—Aquí mismo. Me quedo a ayudar a la patrona.

—¡Bien haiga! Falta le hacía a la pobrecita, dende que murió el finao, aura hará un año p'a la yerra... La mujer no ha di andar sola, dispués de haber tirao en yunta... Solita, se hace mañera, y no sirve ni p'a noria.

Al principió no entendí bien lo que me quería decir el viejo, pero la agachada era demasiado clara, para que al fin no cayese en cuenta. Refregándome los ojos que me ardían con el humo, le dije con retintín...

—¡Sola!... tan sola no vivía, desde que estaba con usted.

—Se mi hace que l'incomoda la humadera, amigo, y que ya no ve lo maceta que mi han puesto los años... Y cómo será cuando tuavía no gastábamos más leña que la de oveja, ni pitábamos más que naco o cuerda, y yo era viejón y duro de coyunturas!... No friegue, pues, mocito.

Yo me eché a reir. El viejo, después de estarse callado un rato, siguió con los cuentos de la patrona.

—Dende que murió el finau, que Dios tenga en gloria, doña Carolina anda como pan que no se vende. A esa moza—porqu'es moza tuavía,—le falta algo, claro está! Y la verdá que anqu'es trabajadora y se levanta al alba, la esquina suele ser de mucho trajín p'a ella sola, pobrecita...

Chupó tranquilamente el mate, y después siguió:

—Y es buenaza la patroncita... Cuando vivía el finau, todo era mimos y comiditas.. Aura, rejunta cuanto guacho encuentra y los trata como a hijos... A mí, a su lau no me falta nada, y eso que soy un viejo deslomao que no vale ni una sé di agua... Y hace mucha caridá, y no hay rancho de pobre por ahí cerca, en que no la quieran como al pan bendito...

—Me alegro de tener una patrona así,—le dije—de ese modo me voy a quedar aquí toda la vida.

Me miró con una risita fregona, y después de un rato agregó, mientras encendía un candil de sebo de carnero:

—¡Mire!...usté, lo que debe hacer, mocito, es indilgársele derecho viejo, y ronciarla de lo lindo, pero sin faltarle, eso sí... Usté no me parece lerdo, más que para lo que sea cosa'e sudar, y ella, la pobre, necesita compaña...Ojalá que este viejo que no ha visto al ñudo tanta madrugada, y siga su mal consejo, que le ha d'ir bien... Y aura, vamos a tender el asador y a echarle la salmuera p'a que acabe de asarse al rescoldito... ¡Ya verá qué churrasco! También ya no sirvo p'a otra cosa.

Saqué el cuchillo y busqué donde afilarlo, pensando en lo que me había dicho el viejo ño

Cipriano, que no dejó de interesarme mucho. La verdad que allí podían acabar mis penurias, sin hacer mal a nadie, y principiar una vida tranquila y honrada, con una buena mujer, unos pesos siempre listos en el bolsillo, trabajo descansado y divertido, una copita cuando se me antojara, comida abundante, cama blanda...

—A naides ha querido conchabar de todos los que han venido a ofrecerse,—dijo ño Cipriano.—Y si lo ha tomado a usté, es porque ya tiene más de la mitá del camino andau. Arriejesé sin miedo, mozo!

Le iba a contestar, cuando oí que doña Carolina me llamaba desde la ramada:

—¡Eh! joven, eh! Venga aquí, haga el favor.

Todavía no le había dicho mi nombre.

Salí y fuí a la ramada.

—¡No!—gritó doña Carolina. —Entre nomás por el patio, que los dos vamos a comer aquí adentro, en esta mesa.

Había puesto un mantel limpito, dos cubiertos, una pila de platos, pan con grasa, queso fresco, una caja de sardinas abierta, y un gran platazo de nueces y pasas.

—Aquí se come a lo pobre, y usté dispensará porque no hay cómo hacer muchas cosas.

—¡No diga, señora!—le contesté.—Si viera los gofios que he comido todo este tiempo, y el maíz cocido de las provincias del norte, no pensaría eso. Muchos días me los he pasado con una galleta y un traguito de agua ardiente, y otras, sin galleta...

—¡Pobre mozo!—dijo doña Carolina, que se había puesto tristona, y medio lagrimeaba, como yo en el galpón con el humo.—Pero ahora siempre tendrá lo más preciso porque aquí, gracias a Dios, nunca falta que comer...

Y aquella noche, al menos, era verdad, porque comimos sopa de fideos, las sardinas, una ensalada de carne, asado, el queso, las pasas y nueces, y qué sé yo, hasta que tuve que decir que no quería más, al servirme la segunda botella del vino que habíamos probado con el repartidor...

¿A qué contarles la conversación, mientras cenamos, ni lo alegre que me acosté, ni lo bien que dormí esa noche en un montón de bajeras y cueros de carnero bien lavados y blandísimos... y hasta con sábanas!!

VI

Me levanté al alba, agarré una escoba y me puse a barrer la ramada y el corredor de la casa, porque misia Carolina todavía estaba durmieno encerrada adentro.

De repente se me apareció, me quitó la escoba de las manos, como si estuviese muy enojada, y me dijo:

—¡No quiero que haga eso! Más bien entre al negocio; arréglеme las bebidas y después... ¿Sabe escribir?

—¡Cómo no, señora! y tengo bastante linda letra.

—Bueno, me alegro. Entontonces, me va a poner en limpio la libreta de cuentas.

—¡Perfectamente, señora: yo haré todo lo que me mande! Pero tampoco me incomoda lo de barrer, así es que si usted quiere, puedo hacer las tres cosas, porque las mañanas son muy largas todavía.

—¡No, no! Vaya al negocio nomás; yo le iré a ayudar en seguida.

¿Eh? ¿qué tal? ¿qué me dicen? Me parece que los primeros golpes estaban bien dados, ¿eh?

Entré al almacén, tomé mi mañana, más abundante y mejor que de costumbre, y me puse a arreglar las botellas, que en su mayor parte eran falsificadas en la licorería de Pago Chico y unas misturas asquerosas. Al ver esto, se me ocurrió una invención que debía dar muy buenos resultados. Cuando acabé con las botellas busqué una libreta nueva, y principié a copiar la vieja toda ajada y mugrienta de tanto manoseo, llena de garabatos y rayas y borrones. Escribí que era un primor, y ya estaba acabando cuando entró misia Carolina, que se quedó embobada al ver mi trabajo y me miró con admiración, casi con susto de que me le fuera a ir. Para admirarla todavía más, le dije sobre el pucho:

—¿Sabe, señora, lo que se me ha ocurrido? Que, como yo sé fabricar coñá, hacer dos cuarterolas de vino de una sola, falsificar el biter, el ajenjo, el anís, y todo lo demás, lo mismo que misturar la yerba buena con la mala sin que se conozca — podemos hacer aquí todas esas cosas. Usté ganaría muchísimo más que ahora, que está regalando la platita al licorero falsificador de Pago Chico.

Misia Carolina abrió tamaños ojos, se rió un poquito, pero no consintió en seguida.

—¡Eso es tan difícil! ¡se necesitan tantas cosas!

—No crea, señora, con poco se hace.

—No importa, por ahora, no; después veremos. ¡Hay tiempo!

Pero yo ya le había ganado la voluntad y medio se me recostó en el hombro, para volver a ver la primorosa libreta.

Tan bien iban las cosas, que esa mañana el almuerzo fué mejor todavía que la cena de la noche antes, porque, además de puchero, hubo gallina con arroz, tortilla, mazamorra con leche y dulce de membrillo. La patrona echaba el resto o poco menos.

Entonces principié la vida gorda, las grandes charlas y beberaje con los marchantes, las jugadas al mus, al truco y a la taba, las payadas y guitarreos, los viajes de todo un día, hasta el Pago, en el overo maceta.

—Diviértase, diviértase nomás, —decía misia Carolina,—que para eso es joven; y mientras no me falte al trabajo...

La verdad es que la gringa no hablaba del todo así, como he dicho. Se conocía que era italiana, y decía *coven, trabaco*... Pero eso no le hace. Al fin yo me divertía y gozaba sin tener que pensar en nada. ¿Qué importa la habla entonces? Yo también suelo ser fino cuando quiero —¡oh! ¿y de no?—pero me gusta que todos me entiendan...

Bueno, pues: como las cosas iban tan bien, me le animé a la gringa. Ya hacía tiempo que la andaba pastoreando para eso, pero no hallaba cómo principiar la declaración y me daba miedo de pegar una rodada... En fin, aquella tardecita me dije: «Amigo Laucha", (Yo también me he acostumbrado a lo de Laucha). «Amigo Laucha, lo que es de esta hecha, que no se te escape». Y así fué nomás...

Cuando ya estábamos acabande comer, le busqué la vuelta y le dije:

—Conque desde que enviudó, misia Carolina, ha estado solita... solita y su alma?

Le hablé con voz tembleque y mirándola medio al soslayo.

—¡Hace más de un año!—y suspiró la gringa.

Yo aproveché la bolada:

—¡Qué lástima, tan joven!—y en seguida le soplé más despacito:—Y tan hermosa!—

A la verdad, doña Carolina no tenía entonces nada de fea, y era grande y gorda, como a mí me gustan, puede ser por lo que soy así flacón y bajito.

—¡Qué quiere! ¡así son las cosas de la vida!—dijo suspirando otra vez, y como si no hubiese oído el piropo.—Y sola y mi alma me he de morir, porque ¿quién me va a querer a mí, vieja y fea como soy?...

La gringa había esperado para retrucarme el cumplimiento, pero con toda baquía me dejaba un juego lindazo para mis intenciones... y las de ella.

—¡Señora!—le contesté, sobre el pucho y muy estirado,—usted está en una posición mejor que la mía, que si no, y perdone el atrevimiento,—yo me comprometería a hacerla feliz,—y que se olvidara del finadito. Y ¿sabe por qué?...porque a gatas la ví, me fué muy simpática, y hoy ya la quiero de alma...

Doña Carolina se agachó al plato, como para seguir comiendo—pero no comió, y al rato me dijo despacio, como con miedo de que le hiciera caso a lo que me decía:

—No hablemos más de esas cosas.

Yo me quedé callado, porque no había para qué estirar mucho la prima, y era mejor pasar por corto de genio... Ella fué la que habló primero, mientras estaba sirviendo el postre...

—Cuénteme algo de lo suyo... de su vida—me dijo—Ya sabe que me gusta mucho oirlo hablar.

—¡Mi vida ha sido tan triste hasta ahora, misia Carolina!... Puras penas no más...He sufrido mucho y no quisiera molestarla con mis recuerdos...

—Bueno, contestó medio afligida.—No quiero que se vuelva a entristecer.—Y entusiasmándose, siguió:—Ya no ha de pasar más penurias, porque no va a estar toda la vida conmigo como un dependiente...Usté es trabajador, aunque le gusta divertirse a veces... Lo voy a hacer entrar como socio: ya sabe que en este boliche se gana platita. ¡Ya ve que todas las noches saco treinta o treinta y cinco pesos del cajón, y hay, también, que contar los fiados y las libretas... Pero, si usté mismo hace las bebidas, que son lo más caro, tenemos que ganar mucho más.

—¡Así es, señora! le dije con los ojos como patacón.

—Digamé entonces lo que necesita,—siguió ella, y yo le daré la plata, para que se vaya a Chivilcoy, o al mismo Buenos Aires, si es mejor, y se traiga todo...

—¡Mire, doña Carolina, me hace llorar de buena que es! ¡y creamé, que no favorece a un desagradecido!

E hice la farsa de limpiarme los ojos con un pañuelo de seda celeste,—¡ah criollo!—que ella me había regalado en los primeros días y que tenía limpito y muy planchado. Después seguí:

—¡Bueno, señora! me iré mañana mismo, si le parece, y con doscientos pesos haré el viaje y compraré las cosas y las misturas que me hacen falta. Y en un año, no habrá ¡que comprarle al indino del licorero más que la soda y la cerveza...

—¡Está bueno! mañana mismo irá.

Pensé acercármele al ver que le brillaban los ojos, pero en seguida me pareció que quién sabe si no corcoveaba...

Yo al fin, soy un poco corto de genio... aunque no tanto!...

(Concluirá en la próxima entrega)

Página lírica

de Juan Antonio Corretjer

Pioneer

Emprendemos el viaje
al Le Bourget romántico
de los altos ensueños.

Al final,
la tarde nos espera,
agitada la mano
en rojas alusiones proletarias.

Pulsaciones frenéticas
en el ritmo agrandado
de nuestros corazones.

Inauditas hazañas
en el trapecio de la hélice.

Liviandad acrobática
en el salto que inicia
la perspectiva roja
hacia el silencio heroico del mañana.

Abajo,
verdes montañas tiernas,
aviones en derrota,
poderío de Newton.

En ríos resonantes
la Primavera se desangra.

Súbito
todo penetra el tunel
lejano
del pretérito.

Pueblan gritos ubérrimos
la manifestación
sangrienta de la hora.

El día es un obús activo
en las canteras.

Allá lejos,
donde el avión proyecta
sus voluntades latentes,
mujeres risueñas y hermosas
quitarán a las hélices
los pedazos de cielo que conserven.

Al volver de este viaje
realización espléndida
de un ensueño de Verne
recomiendo al Gobierno
la expedición a altas
regiones metafísicas.

Transición

Asomado al pensamiento
he volcado tu nombre
en el ánfora roja de la tarde.

Todo preludia tu recuerdo:
los árboles
y los lienzos bolcheviques
del crepúsculo.

Oh la hora estremecida de emociones,
trovada de mis pájaros,
torcida en la violencia de mis ansias
que van al aerodromo de tus manos!

Respiran los tritones el salitre
y el viento se hace orquesta
en el cordaje.
En la trastienda de los horizontes
¡cuántos misterios infinitos!
¡cuántas nuevas Américas!
y nuestro Sésamo perdido,
Oh Amada
talón de Aquiles en mi fuerza!
Cuando, descolgada del tabique ignoto
regreses estelada de cariño,
la tarde habrá entregado el pasaporte,
y, en el mar calmoso del silencio
tu voz será semáforo a mi nave.
Echaremos a volar nuestras palabras
y cada una encenderá una estrella.
Las rutas, emigradas al ensueño,
apenas sentirán nuestras pisadas,
y cada aurora
será inauguración de un nuevo salto.
Viajar.
Viajar.
Tener una canción entre los labios
y todas las mañanas arrojarla
al camino de hierro.

Evocación

Por los días muertos del almanaque,
lentamente
regresas,
Amada
república platónica en la alta
filosofía de mis sueños.

Como ayer
las dos lámparas verdes
encendidas
y una misma canción
en ambas cuerdas.

Oh azul resurrección
en el muerto dolor
del bosque en llamas!

Cómo he exprimido todas
las ubres del recuerdo!

Cómo te he liberado de las gruesas
telarañas del olvido!

Hoy transitas los límites
francos de mi consciencia.

Hoy andas por mi mesa
de noche,
por mis ojos,
y hurtas párrafos íntegros
en el libro que leo.

Hoy mis dedos se empolvan
del polvo de tus sueños.

Copio toda la música:
tu voz,
tus ojos claros
y la rubia sonata
que cantan tus cabellos.

Hoy transitas los límites
francos de mi consciencia.

Y el más mínimo soplo
de realidad te esfuma.

Elevación

Hasta ti,
Astro,
la explosión de mi estética,
el orto de mi relampagueante
acrobacia mental.

Rompe el *jazz-band* unánime
de la armonía sideral.
Cuadran, en línea, los asteroides.
Palpita, conmovido, el corazón de la noche.
Violencias de pasión descuélganse
de las puntas de las estrellas.
El incienso de su recuerdo humea
y mis ojos transmigran en el sendero
inicial de tu perspectiva.

Albor.
Albor.

Todo es blanco y luminoso.

En medio de la noche
piruetas claridades.

Oh Astro
ingente ombligo de la noche.

Se me va de los ojos el recuerdo.
Sobre la espesa masa
eres un *switch* magnífico
para apagar, mágicamente, las estrellas.

Andar.
Andar.

Camino en la profusa caravana
hacia ti,
Astro,
Meca a que vanamente se dtrigen
todos los caminantes de la Vía Lactea.

Diamante echado al aire por un noble
en el naufragio de la Revolución Soviética:
la cólera desparramada de la muchedumbre
soldó, a bayonetazos, tu apoteosis.
En el minuto congestionado de emociones
te ví saltar de un dedo fino y largo.
Fuiste a encajarte en un cuerno de la Eternidad
y ahí estás abierto, palpitante.

Te contemplo en la noche.
Siento tu atracción misteriosa elevarme,
[tenerme.
Veo amanecer las estrellas de mi consciencia.
Me pongo de revés
alma afuera barrida por las ráfagas cósmicas.
Pienso que un día será la hora del Poeta.
Hora mágica en que se sueltan todas las
[amarras.
Horas de proyectar el cálido dinamismo de
[los sueños;
inyectar luz en el músculo de la tiniebla;
saltar las vallas de todas las constelaciones
y cantar, cantar nuestra canción
pájaro de mil voces
en uno de tus brazos luminosos.

San Juan de Puerto Rico

La Doctrina Monroe y el Movimiento obrero

Por
Vicente Lombardo Toledano
Prof. de Filosofía en la Universidad Nacional de México

2.—*Véase la entrega* 16 *del tomo en curso.*

V. El océano

A. Primeros pasos encaminados hacia la unificación del mundo

28. La conquista del océano significó para el hombre poder disponer de esa vasta área (3/4 partes de la superficie de la tierra) de la que había estado privado antes.

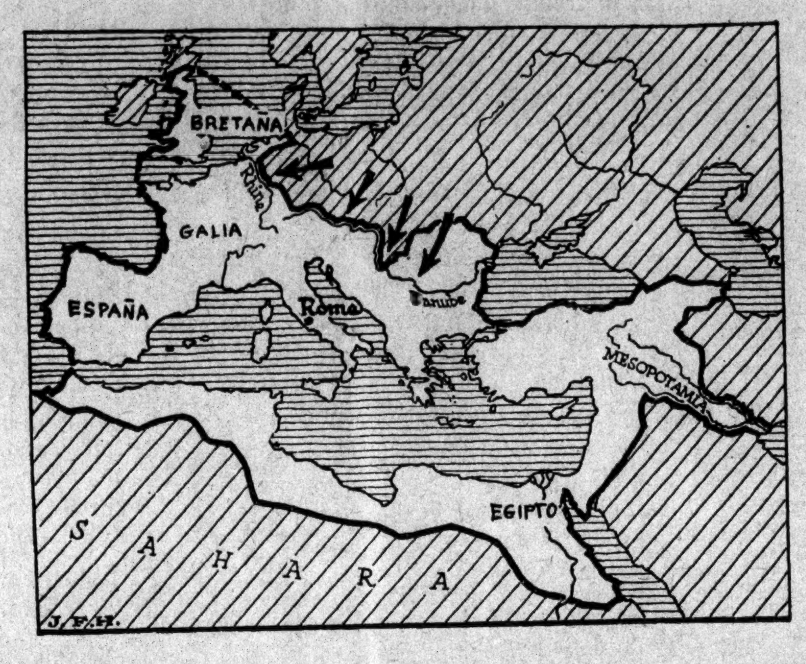
29. *El camino a las Indias.*—Los árabes hacían el comercio con el Oriente (por mar y tierra) y poseían las llaves de las comunicaciones; los genoveses y venecianos tomaban de estos puntos lás mercancías para llevarlas a Europa; pero fueron perdiendo su poderío en favor de los turcos-mongoles, convertidos paulatinamente en mahometanos, y procedentes de las llanuras del Sur y del Este del Mar Caspio. Ya para el siglo xv gobernaban Siria y el Asia Menor y tomaron Constatinopla en el año de 1453.

30. El turco no era como el árabe un comerciante, era un bárbaro guerrero. El comercio del mundo occidental se vió amenazado (la alimentación europea, especialmente la carne, que se consumía seca en invierno, por la carestía de pastos, requería las especies que venían del Oriente).

31. ¿No había otro camino para las Indias? La teoría de Pomponius Mela (año 50 a. C.), aseguraba que la tierra se componía de grandes continentes rodeados de agua, y se pensó que salvando el Africa se llegaría al Oriente. Primero se cruzó Gibraltar; después se llegó a las costas de Africa en busca de oro, marfil y esclavos (empresa de los portugueses). En 1486-7, Diaz dió la vuelta al Cabo de Buena Esperanza y llegó hasta las costas occidentales de la India.

B. La ruta hacia el Oeste y un *Nuevo Mundo*.

32. Mientras tanto, Cristóbal Colón, un marino genovés, ayudado por España, la rival de Portugal, zarpaba hacia el Oeste para alcanzar la misma meta. Si el mundo era redondo, como había afirmado Toscanelli, la empresa estaba asegurada; pero ni Toscanelli ni Colón sospecharon que el camino estaba bloqueado por un continente desconocido. Cuando Colón, en 1492, llegó a las islas de Centro América, creyó que eran las Islas de las Especies en algún lugar de la costa de China.



La unificación política del área total mediterránea—El Imperio romano en su magna extensión. Nótese que Roma agrega a las tierras mediterráneas propiamente dichas, los países del clima del noroeste, correspondiendo con aspereza su frontera norte con la línea que divide ese clima y las tierras de «nieves invernales», del norte y del noroeste. Las flechas indican la dirección general de las invasiones de bárbaros que a la postre llegaron a deshacer el Imperio.

33. Un cuarto de siglo después, Magallanes cruzó la punta austral del Nuevo continente y descubrió el camino occidental para las Indias. Los océanos Pacífico, Atlántico e Indico habían sido conquistados.

C. Se cambia el *centro de las actividades*.

34. La inauguración de nuevas rutas y el descubrimiento de un Nuevo Mundo instantáneamente efectuaron «el equilibrio de poder» en Europa: la ruta principal del tráfico comercial del mundo era entonces la ruta del Cabo a la India, y estaba en manos de los portugueses. «El océano Indico se había convertido en un lago portugués». Venecia y Génova declinaron y el Mediterráneo perdió su importancia que recuperó a medias hasta que se hizo el Canal de Suez.

35. La ruta que seguía a la de Africa en importancia, era la del Atlántico para el Nuevo Mundo. Y dió un gran papel, desde luego, a los países de la costa noroeste de Europa. Venecia y Génova fueron substituídas por Bristol y Lagos. *La dirección pasó hacia el Oeste.*

36. La historia de los tres siguientes siglos es la historia de la lucha de estos países europeos del noroeste por la supremacía. Portugal e Inglaterra, en 1294, celebraron un tratado de comercio, lo que revela la importancia que había adquirido ya el tráfico en el Atlántico. *Poco después del regreso de Colón, el Papa expidió una bula pontificia adjudicando el hemisferio Occidental a España y el Oriental a Portugal.*

37. Las naciones de más al Norte, Holanda y especialmente Inglaterra, quedaban, en tal virtud, *congeladas;* y trataron de buscar por el noroeste o por el noreste un paso para las Indias, por el norte de América o de Siberia: se encontró que ambos eran impracticables. Los dos países podrían tener algunos frutos de la riqueza de las Indias o de América, únicamente desafiando el Edicto papal.

38. Antes de la mitad del siglo xvi, ambos países rompieron hostilidades con el Papa y se convirtieron en protestantes. A fines del siglo los ingleses habían derrotado a Felipe, de la armada española, y los holandeses, después de quitarse el yugo español, empezaron a establecerse en varios lugares de las Indias Orientales y Occidentales que habían quitado a los españoles y a los portugueses. El poder del amo y señor del Mediterráneo, el Papa, palideció conforme la importancia del Mediterráneo disminuyó.

D. El principio de la supremacía británica.

39. Las naciones del norte construyeron un barco más perfeccionado que el empleado en el Mediterráneo que consistía en un sólo juego de remos. Por eso venció Inglaterra a España, entre otras razones, en el famoso combate de Trafalgar.

40. En el siglo xvii la historia anota la lucha entre los burgueses holandeses e ingleses por obtener el control de las rutas del océano con un tercer país europeo, Francia, que intervenía ya de un lado, ya de otro. Los holandeses tenían posesiones en Africa (la ciudad del Cabo) y en la India; Ceylán les pertenecía, y tenían también la llave para la entrada a Norte América en el Nuevo Amsterdam (más tarde Nueva York).

41. A principios del siglo xviii Inglaterra había tomado el lugar de Holanda. Su situación geográfica respecto de las rutas



El Mediterráneo como un *foso* entre los árabes y los europeos.
(Los árabes señalados con rayas oscuras).

hacia el Nuevo Mundo y sus recursos naturales, el carbón y el hierro, especialmente, dieron a Inglaterra la entrada a Norte América en el Nuevo Amsterdam y sentaron la base de su supremacía terrestre durante el siglo XIX.

E. Apertura de las costas del mundo.

42. La exploración y explotación que a partir del siglo XII se hizo de los océanos y tierras lejanas, relacionó más y más esas regiones con Europa y estableció nuevas rutas y ensanchó el mundo conocido.

VI. El transporte terrestre

43. La etapa final en el progreso gradual hacia la dependencia mutua comercial del mundo, fué el desarrollo de los medios mecánicos para el transporte terrestre durante el siglo XIX.

A. La llegada del ferrocarril

44. Los caminos y los carros de los romanos y de los bárbaros, respectivamente, no habían sido superados hasta fines del siglo XVIII. La nueva era de la transportación terrestre principió con el uso del vapor como fuerza motriz. De Inglaterra se extendió al continente con más o menos rapidez.

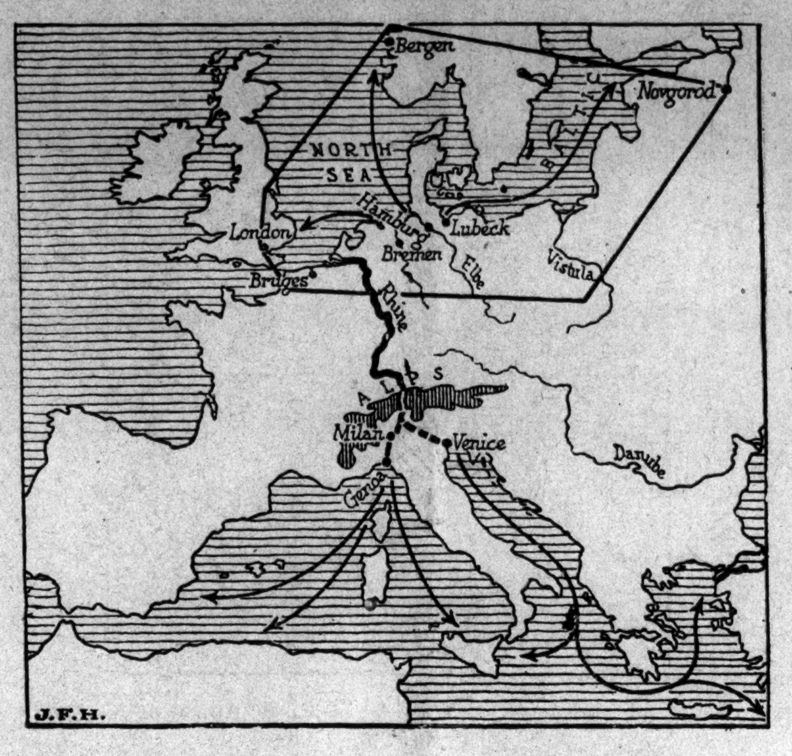
45. A fines del siglo XIX el hombre era más dueño del océano y había incorporado en el mundo grandes extensiones inasequibles sin las comunicaciones rápidas, y había fortalecido más la dependencia mutua económica de los pueblos.

46. Nuevamente, el ferrocarril alteró «el equilibrio del poder» entre los Estados cuyo desarrollo industrial había alcanzado mayor perfeccionamiento, y dió importancia a ciertos países de tierra adentro, como la apertura de los océanos durante el siglo XVI «desviaron el lugar» del Mediterráneo y el Báltico hacia los países situados en las costas del Atlántico.

B. Apertura de las grandes extensiones terrestres:

a) Africa

47. Africa seguía siendo un continente desconocido para la civilización europea, a pesar de todos los descubrimientos y de que de Egipto había surgido la civilización. Esto se debía a que Africa había sido sólo un camino para la India y al hecho de su configuración geográfica: meseta alta, ríos torrenciales en la costa, clima mortífero, playas rectas sin bahías, etc., etc.



El área de los mares interiores de la Liga Hansiática, en el norte de Europa, y el lazo de unión del Rhin con el Mediterráneo.

48. Pero la llegada de la Edad del vapor anunció la Edad del Imperialismo. La rebatiña por el territorio africano principió en los ochentas (1880). Entre 1880 y 1890 casi la mitad del continente fué anexado a las potencias europeas. Para fines del siglo la tarea se había concluído.

b) América

49. Hasta la llegada de los ferrocarriles, Norte y Sud América, eran, como Africa, más bien, «costas pobladas» que continentes poblados. Había ríos navegables; pero se congelaban en invierno (en Canadá); en los Estados Unidos corren especialmente de Norte a Sur (el gran sistema Missouri - Mississipi) y en la zona ecuatorial el clima era impropio para los hombres de la raza blanca.

50. La «apertura» del Canadá se debió a los ferrocarriles. La historia del Canadá es una repetición de la historia de los Estados Unidos.

51. La historia de los Estados Unidos, durante la primera mitad del siglo XIX, es la historia de una marcha constante hacia el Oeste. La unificación política de esta enorme área se basó en su dependencia mutua económica; y esto sólo se consiguió mediante el ferrocarril. A diferencia de los ferrocarriles europeos que unieron ciudades ya hechas, los yanquis crearon ciudades al margen de las vías férreas y en donde se encontraron éstas por razones geográficas, surgieron centros de población enormes como Chicago.

c) Asia

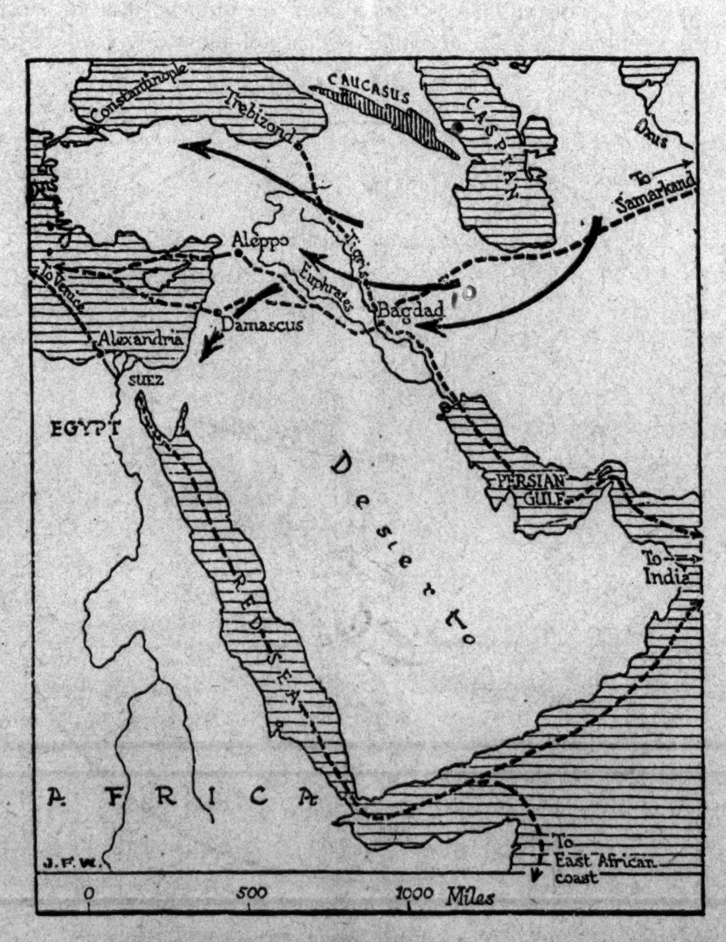
52. El Ferrocarril Transiberiano unió a Rusia con la costa del Pacífico. Las líneas Transcaspiana y Transcaucasiana abrieron el corazón del continente. La India se transformó gracias a los ferrocarriles. El ferrocarril de Bagdad acercó al área de explotación el Asia Menor, la Mesopotamia y las tierras del cercano Oriente. China también se empezó a industrializar gracias al ferrocarril.

C. Los ferrocarriles y los Estados europeos

53. El ferrocarril alteró el equilibrio de poder entre varios países europeos. A principios del siglo XIX sólo Inglaterra y Francia se podían considerar como grandes potencias económicas; a fines del siglo, Alemania y Rusia (países medioevales) habían llegado a ser Estados modernos.

54. El ferrocarril les permitió juntar su hierro y su carbón y distribuir sus artículos alimenticios. Alemania se convirtió en el gran distribuidor de mercancía de la Europa central, y Rusia encontró salidas por el ferrocarril mientras sus puertos de mar se hallaban congelados.

55. Inglaterra perdió su monopolio de transportes del Norte de Europa al Mediterráneo, que hizo Alemania por tierra. Si el plan de Alemania *Mittel Europa* (destruído por la guerra), basado en la ruta férrea de Hamburgo al Golfo de Persia, se hubiera llevado a cabo, habría sido un golpe tremendo para la vía marítima de Inglaterra por



Las rutas comerciales árabes ligando el este del Mediterráneo y Asia y el Africa Oriental. Las flechas indican la dirección en la cual hicieron los turcos su irrupción.

el Mediterráneo y el Canal de Suez.

56. El ferrocarril hizo la unidad de los pequeños Estados alemanes.

57. La civilización en Europa principió en las tierras templadas-calientes del Mediterráneo. En seguida, el centro fué transportado a las tierras templadas más agradables del noroeste. Quizás más tarde, no obstante los atrasos sufridos por Alemania y Rusia después de la guerra, se mueva hacia el Este, a las tierras más frías del Norte y el Centro.

58. Hemos llegado al mundo de hoy; un mundo que incluye todas las partes habitables del globo en su totalidad. Ya no existe una «isla» de civilización rodeada por grandes espacios desconocidos y sujeta a invasiones de bárbaros. Hemos seguido el contínuo crecimiento de intercomunicación y de dependencia mutua económica durante los siglos, desde los valles de los ríos hasta las costas de un mar interior, de allí a las costas oceánicas del mundo, y finalmente, hasta el corazón de todos los continentes.

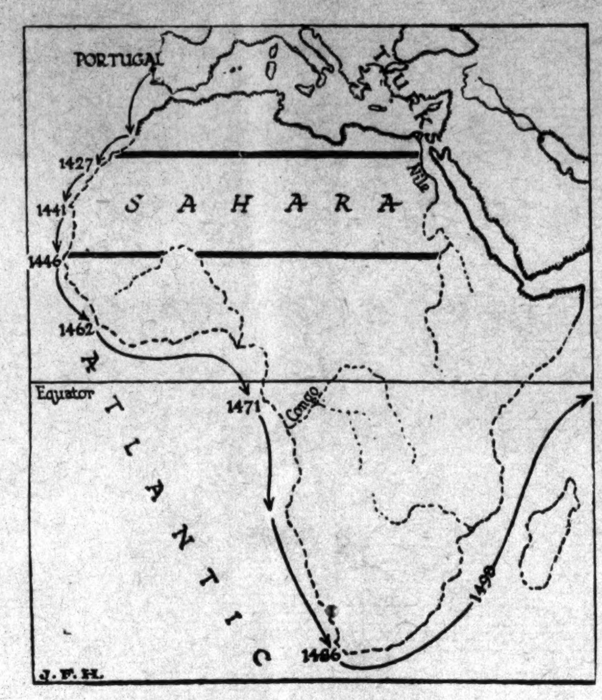
59. *La dependencia mutua económica mundial es hoy un hecho consumado, o más bien un proceso que se intensifica cada día. ¿Cuándo se realizará su inevitable consecuencia, la dependencia mutua política mundial?*

VII. La dependencia económica mutua del mundo

60. La característica del mundo actual es la dependencia mutua de todos los países. La teoría y la conducta de bastarse a sí mismo han desaparecido. Una pequeña ciudad industrial requiere, a veces, para poder vivir, materia prima que llega del confín más alejado de la Tierra. Y dentro de cada país ocurre lo mismo: se ha llegado a la «especialización por regiones».

61. Esta dependencia económica mutua se basa en dos cosas: a) En los enormes adelantos de las comunicaciones, y b) en la situación geográfica de determinados suelos y materias primas.

62. En efecto, para comprender los problemas internacionales del mundo de hoy, es preciso tener conocimiento de la distribución geográfica de los recursos económicos vitales. El sistema económico del mundo se basa en un intercambio de productos.



El descubrimiento portugués—alrededor del Africa—de la vía oceánica hacia las Indias

A. Divisiones políticas

63. *Esta dependencia económica mutua no se ha reflejado aun en la organización política del mundo;* el hierro de Lorena, por ejemplo, es relativamente inútil sin el carbón del Ruhr, y los divide una frontera política; en toda Europa, las fronteras, trazadas desde la época de los Estados agrícolas *(self-contained)* constituyen límites arbitrarios entre los centros industriales y las materias primas, entre los grupos productores y los grupos consumidores. Las clases reinantes de la actualidad—los banqueros y los grandes industriales—usan estas antiguas divisiones políticas para enriquecerse más.

64. La idea de nacionalismo está, por tanto, en contra de la organización económica actual; la idea del nacionalismo que se basta a sí mismo. El nacionalismo actual debe ajustarse a las necesidades económicas del siglo xx. En el sentido económico, los hombres de hoy son ciudadanos del mundo. Estamos viviendo una época de transición, en que la marcha económica del mundo ha adelantado mucho más que el progreso político.

B. La agrupación de Estados

65. Sin embargo, la misma tendencia imperialista de abarcar más cada vez, ha empezado a romper las barreras políticas. ¿Cuáles son en realidad las unidades políticas del mundo? ¿Son los setenta y tantos Estados, libres e independientes, que registra la estadística internacional, en la que figuran naciones como Nicaragua y Abisinia junto a Estados Unidos e Inglaterra?

66. Las realidades políticas del mundo, después de la Guerra, no son los Estados-naciones, en ningún sentido; sino grupos de Estados-naciones cada uno de ellos dominado por alguna potencia industrial y compuesto cada grupo por un número más o menos grande de pequeños Estados o colonias, algunos con independencia (de *jure)*, pero económicamente todos en igual situación (es décir, de *facto)* dependientes de la potencia más poderosa.

67. La tendencia hacia la amalgamación, hacia la *trustificación* que ha sido la característica de las grandes industrias dentro de un país, se ha hecho ya perceptible en las relaciones internacionales, uniendo a las naciones, económicamente, en diversos grupos. La realidad hoy es el grupo, no las unidades «soberanas» separadas.

68. Esta tendencia es el resultado inevitable del Imperialismo, o con mayor exactitud, el resultado de las condiciones económicas, técnicas y geográficas de las que el Imperialismo es su reflejo. La Guerra mundial aceleró esta tendencia.

69. Cada grupo aspira a poder abastecerse a sí mismo, y a bastarse a sí mismo en todos los aspectos de la vida lo más que sea posible, es decir, tener bajo su control:

a) Suficiente cantidad de todas las materias primas esenciales: carbón, petróleo, hierro, cobre, hule, algodón, trigo, etc., etc.

b) Mercados para sus productos y territorios vírgenes, en donde sus financieros puedan exportar capitales.

c) Rutas marítimas y terrestres necesarias para el transporte y distribución de sus materias primas y de sus artículos manufacturados.

70. La «materia prima» de la geografía económica de la actualidad, reside, pues, en estos tres títulos: *materias primas* (y su localidad), *territorios vírgenes y rutas.*



La concepción de Toscanelli del mundo occcidental (Atlántico) vía de Asia. El Continente desconocido—América—se indica con líneas punteadas. La ruta de Colón está indicada con flechas. En sus viajes subsecuentes tocó los puntos marcados con los números 1, 2, 3 y 4.

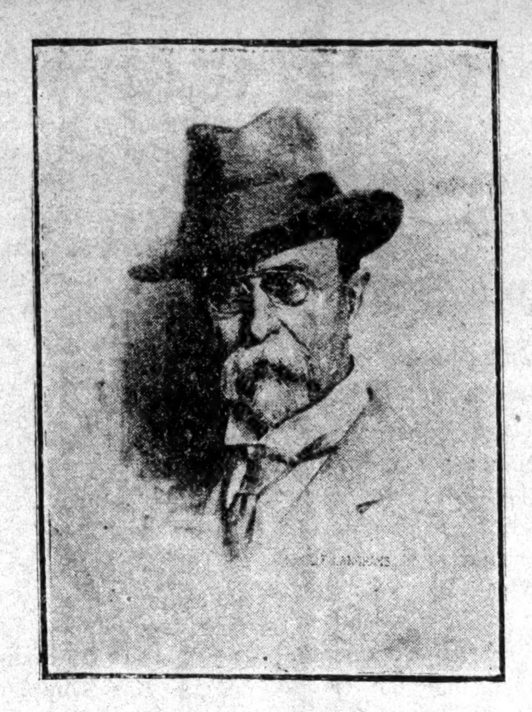
El nuevo estadista

Masáryk o la cultura en acción

=De *El Sol*. Madrid=

CHECOESLOVAQUIA celebra estos días con grandes festejos los setenta y ocho años de Masáryk y los diez años que preside la novísima República, desde su mismo nacimiento. Ejemplo de gratitud que no es frecuente en la Historia. Los pueblos no acostumbran dejarse gobernar tanto tiempo por un hombre, como no sea contra su voluntad. El aura popular suele ser efímera y casi siempre con razón. Lo que prueba que en la glorificación de Masáryk hay algo más que el agradecimiento de un pueblo por el artífice de su independencia. Si sólo fuera eso, Masáryk habría caído ya en desgracia o se sostendría en el Poder por la fuerza. La independencia no basta. Los libertadores han de ser también estadistas. Si no, tienen que desaparecer, cumplida su misión, o persistir por la tiranía. La historia de América, después de su emancipación, abunda en esas evoluciones de la nacionalidad libre al despotismo. Y aún no está conclusa.

En Masáryk se superponen dos personalidades que explican la fervorosa adhesión del pueblo checoeslovaco a ese hombre insigne antes y después de constituirse en nacionalidad independiente. Una es la personalidad romántica y heroica, en lucha prolongada y desigual con el duro imperio austro-húngaro. Checoeslovaquia era, internacionalmente, una mínima cantidad inapreciable. Nadie prestaba oídos a sus quejas y a sus anhelos. Carecía del prestigio histórico de Polonia y del vigor dramático de Irlanda. Pero Masáryk y los nacionalistas checoeslovacos no se desalentaban. La historia es larga y muy corta la vida del hombre; pero siempre acaba por llegar la hora de la justicia, y lo que unos sembraron otros lo recogen. La hora de Checoeslovaquia fué la guerra de 1914. Y con ella, el triunfo de Masáryk. Esta vez el sembrador alcanzaba la vendimia. Por una parte, Masáryk pertenece a la estirpe de los grandes animadores de nacionalidades irredentas en el siglo XIX: Los Parnell, los Mazzini, los Cavour. Por otra, es un hombre representativo del siglo XX, un nuevo tipo de estadista que renace de la guerra europea. Esta cualidad es la que explica su duración como gobernante y la que le presta relieve singularísimo más allá de las fronteras de su patria redimida.



El Presidente Masáryk, de Checoeslovaquia

Cada época tiene su tipo político. Desde la formación de las modernas nacionalidades de Europa, al integrarse la atomización feudal, el hombre de Estado europeo se caracteriza por su acción centrífuga. Quiere dominar y extender incesantemente sus dominios sobre los países limítrofes y allende los mares. El Estado trasciende de la nación y se trasforma en imperio. Su propósito es la conquista, y sus medios la diplomacia y la guerra, anverso y reverso de una misma actividad: la guerra es la prolongación de la diplomacia y la diplomacia es la prolongación de la guerra. En el estadista eminente se funden entonces el diplomático y el guerrero. Si le falla una de estas dos cualidades, el estadista pierde eficacia, se anula, sus talentos son los de la astucia y los de la audacia. Y como organizador, su talento se reduce a saber movilizar eficientemente las fuerzas auxiliares de sus empresas ultranacionales: el Ejército, la Burocracia, el Comercio y, en ocasiones, la Iglesia. Fundamentalmente es una estratega que empuja al Estado a fines de dominio, rara vez de justicia. Opera sobre los hombres y sobre los pueblos como un ingeniero con los materiales de construcción, atento a su resistencia más que a su sensibilidad. La política equivale a la sazón a una especie de ingeniería, a un movimiento mecánico de fuerzas sociales.

Este linaje de hombre de Estado logra su forma más perfecta, prototípica, en Napoleón. Con el siglo XIX comienza a decaer; pero todavía la historia de esa centuria la conducen los hombres para quienes el Gobierno significa predominantemente acción expansiva, mecánica, por la diplomacia o con los cañones: Metternich y Bismarck — civiles militarizados— son, en su tiempo, los árbitros de la política europea. Napoleón III—pobre y tardío remedo de una variedad política casi agotada—, llevando al desastre a Francia, hace imposible en ese país, esperemos que definitivamente, la supervivencia de ese tipo pretérito de hombre de Estado. Y Guillermo II representa, en Alemania, más trágicamente que ningún otro, el fin de esa raza de estadistas como podemos colegir por el sorprendente espectáculo de que uno de los caudillos militares más destacados de la guerra europea, el mariscal Hindenburg, encarne hoy, desde la Presidencia de la República alemana, con adaptación y lealtad admirables, el nuevo espíritu civil que se está organizando en Europa.

La Sociedad de Naciones, queriendo rectificar la política tradicional de las Cancillerías y de la violencia, tiende a destruir el gobernante de psicología napoleónica o bismarckiana. Y no sólo es ésta la voluntad de los Estados, sino de los pueblos, que se la imponen a sus hombres de gobierno. El estadista de la época que ahora parece iniciarse necesita una mentalidad distinta de la que ha imperado en el mundo durante los últimos cuatro o cinco siglos. La política no ha de ser para él un fin de dominio, sino de libertad, en todos los órdenes de la vida; de organización, no de la fuerza al servicio del Estado, sino de la justicia al servicio del hombre. La Historia no ha de ser un juego mecánico, sino una creación orgánica y espiritual, una elevación del súbdito milenario a la dignidad de hombre y ciudadano. Más que inteligencia técnica para mover masas humanas políticamente amorfas, le es preciso estar dotado de sensibilidad ética, de sentimiento de libertad y de aptitudes especializadas para conciliar la eficacia y la justicia.

Este tipo de gobernante sólo puede darlo una cultura integral y depurada. Todavía escasea en Europa. Todavía se oyen voces del pasado. El lenguaje de Mussolini, en su reciente discurso sobre el Tirol, diciendo—con los ojos en Austria—que no hablará más de ese problema como no sea para que las palabras cedan el paso a los hechos, pertenece a otros siglos. Pero ya empieza a haber estadistas de ese nuevo estilo, educadores, reformadores sutiles, hombres de pensamiento y sensibilidad, maestros de pueblos más que estrategas de Estados. Personifican la cultura en acción. No hace falta estar de acuerdo con todas sus ideas para reconocer que anuncian un nuevo linaje político. Ya ha habido algunos. El alemán Rathenau fué uno de ellos. Y otro es el francés Herriot. Y el checoeslovaco Masáryk. Sin hablar de algunos rusos.

Dentro de la diversidad—y el antagonismo—de Europa, el siglo XX está produciendo, en distintos países, una especie superior de hombre de Estado cuyo lenguaje puede comprender todo el mundo culto, aunque se discrepe de sus opiniones

particulares. Pues el lenguaje no está hecho sólo de palabras sino de estados de conciencia, y en nombre de esta naciente conciencia común, Europa se ha asociado a Checoeslovaquia en su homenaje a Masáryk. Porque, casi octogenario, es históricamente uno de los estadistas europeos más jóvenes. Y, por lo mismo, uno de los más universales.

Luis Araquistain

Noticia de libros

Luis H. Debayle.—*Reflexiones y pensamientos para mis hijos.*

Para mí, ciervo huraño y asustadizo de las miniaturas de Andrés Beauneveu y de las mayúsculas benedictinas y de los trípticos de Memlinck en Brujas y de Rogerio Ven der Weyden en Bruselas, es labor cuesta arriba, *opus* decir en palabras escritas, la admiración que siento y muy grande en realidad de verdad, por este nuestro Luis H. Debayle, magnífico en tierras centro-americanas, como aquel Lorenzo y tan mediceo y tan quinientista y de lo más Benvenuto Cellini que nosotros, en nuestra pequeñez podamos tener, como nacido para los cortejos de Florencia.—¡Y Rubens que lo pinte y que Chocano lo cante!

Este Doctor Debayle cirujano, profesor, político, orador, prosista, poeta, francés, nicaragüense, católico, no católico, ciudadano de aquella Alejandría de Ptolomeo Salvador y hombre galante de poesía cortés y señor de las mil y una anécdotas para quien sabe cuántos decamerones, repito, que a pesar de ser mi primo hermano, y por todas sus cualidades y por todos sus defectos y precisamente por todas estas cosas, me asusta a mí que soy ciervo huraño y asustadizo y de lo más primitivo que haya habido jamás y muy bretón y muy flamenco y ciudadano de Brujas ¿no es verdad Hans Memlinck?

El libro *Reflexiones y pensamientos para mis hijos* es interesantísimo y desde el punto de vista de la vieja crítica literaria que ya pasó y desde el punto de vista de la crítica modernísima que sólo busca almas y temperamentos.

Hay libros incoloros, inodoros e insípidos que son únicamente de un autor porque llevan su nombre, pero que sin ninguna dificultad podían ser de otro cualquiera, libros no libros como diría Carlyle, volúmenes, tomos, cosas neutras, que así como se llaman libros podrían llamarse ladrillos, *si volet usus.*

El libro *Reflexiones y pensamientos para mis hijos* es tan del doctor Debayle y tan libro, que si lo leéis, ¡leedlo! con lectura inteligente, leyendo entre líneas, veréis que sólo Luis H. Debayle, ese poliédrico Luis H. Debayle pudo haberlo escrito.

«Según es el niño así es el juguete», «Dime el pleiteante y te diré la ley» cómo se cumplen aquí estos dos axiomas de la popular sabiduría.

Porque lo que dije al principio, cirujano, profesor, político, orador, poeta, prosista, francés, nicaragüense, católico, no católico, hombre de poesía galante y cortés, señor de las mil y y una anécdotas quién sabe para cuántos decamerones, todos estos aspectos de la Alejandría de Ptolomeo Salvador y de la Florencia de los Médicis magníficos, están en el libro de Debayle y son el libro mismo.

Los pensamientos, «Les Pensées» de Blas Pascal son desde la primera página hasta la última, puro Pascal.—Espejos de luz cristiana, tan cristiana, que sólo pudieron verla mis ojos, hasta que en San Sulpicio, como quien se desviste de sus vestidos de Centro América, me hube desmasonizado.—Y *ex-professo*, que en estas mis palabras escritas para Luis H. Debayle, hablo de Pascal y de sus espejos, porque muchos de los que comprenden, pobres en sabiduría y en mala intención de ojos *envidiosos* y *mentirosos* ricos, han dicho con sus acostumbradas reticencias, que Debayle en su libro, tiene muy buena memoria y se acuerda demasiado de sus muchas escogidas lecturas.—¿Tendrán siquiera una idea aproximada del eclecticismo estos criticos de ojos encontrados? Cicerón, los alumos de literatura y de filosofia en nuestros colegios bien lo saben, no porque huele a griego deja de ser romano ¡y tan romano! Cicerón ha leído y ¡que buenos ojos tuvo!, todo lo de Grecia, y cuando habla o escribe se acuerda, y ¡entonces que no! de los inolvidables griegos; sin embargo, Cicerón es perfectamente original dentro de su eclecticismo.

Es bueno además recordarles a los fanáticos de la originalidad, que la verdadera creación *ex nihilo* sólo a Dios pertenece; nosotros los hombres, estrictamente hablando, hacemos como si no hiciésemos, sumando y restando dentro de los límites de una cierta repetición inevitable.—No por la influencia egipcia deja el griego de ser griego, ni por la influencia griega el romano deja de serlo.

El libro *Reflexiones y pensamientos para mis hijos* es muy libro y muy Debayle y ¡alabado sea Dios! si exceptuamos ciertas páginas *istas* completamente al margen de esta petite vie centro-americana de insoportables romanticismos y de bailes políticos (bululú, ñaque, carambaleo, mojiganga, garnacha y farándula) para las dos archi-malditas comadres.

Envío

Debayle, hasta tu palacio de Florencia, obra de Bruneleschi, cerca de Santa María dei fiori, llega mi saludo de Brujas, la viva precisamente porque está muerta, desde mi casita gótica en la calle del *Beginage*, muy cerca del Hospital San Juan.—En esta edad media de Verhaeren, oyendo los carillons de Rodembach, estamos bien preparados para oír las voces quinientistas de afuera.—Nada como este silencio para oír, este silencio de ojivas y canales.—Brujas es la ciudad de las voces bien oídas, porque el silencio está aquí como en su casa.

A. H. Pallais, Pbro.

Algunos libros nuevos y otros que no lo son

Con *El tablado de los caprichos* dió Santa Marta, en Colombia, el primer libro de tendencia nueva, aunque, por la factura de muchos de esos trabajos de Fernando de Andreis, no podría su obra catalogarse redondamente entre la de los nuevos. Ya, en ocasión de unos apuntes que publiqué en *Civilización* de Barranquilla, dije que este libro inaugural de Andreis, escritor muy joven, por cierto, suponía una concreción de estilos creados en su autor por virtud de varias influencias, entre ellas la más próxima al trópico, la de su ascendencia italiana. No dudo en considerar *El Tablado de los caprichos* como un libro de los pocos que valen, publicados en 1928.

Otro libro que destaca significativamente en la producción de los dos últimos años, en aquel país, es *La novela de los tres*, de José Restrepo Jaramillo. Este estudio de novela nueva ha sido considerado en Bogotá como el primer paso, en sentido renovador, dado en el género, y forma, con *El regreso de Eva*, de Jorge Zalamea, y con *Suenan Timbres*, de Vidales, un interesante tríptico vanguardista, novela, teatro y versos. Ya he tenido oportunidad de ocuparme de estos libros y de algunos que les precedieron, rubricados por los Maya, los De Greiff, los Rivera, etc.

El Regreso de Eva no debe tenerse como obra definitiva. Es un ensayo, y se resiente, como trabajo teatral (aunque deliberadamente irrepresentable,) de cierta sequedad que lo distancia de su propia intención ideológica. Hay en este libro mucho de tratado y Freud es la menos lejana de sus influencias, pero es, de todas maneras, un libro original, fuertemente desprovisto de emoción, y que acusa un admirable talento.

La Novela de los Tres estudia un caso de inversión ciudadana, morbosa, producto de urbe y casi cerebral, pero el contenido pudo ser otro con el mismo éxito. Son el delineado, la ejecución, todo al bosquejo, de los personajes del cuento, los que son de mano próvidamente hábil. Restrepo Jaramillo sabe, instintivamente, la eficacia de la sugerencia. Así, apunta apenas el paisaje, haciendo colaborar la sensibilidad del lector, como pasa en cierta pintura de hoy.

Deucalión, La Imitación de Nuestro Señor Yo y *El Libro de las Parábolas* son tres libros

del peruano Alberto Guillén, en los que este poeta y escritor de vanguardia nos da un arte sobrio y una regocijada filosofía a pequeñas dosis, que nos lo presentan como un fuerte filón de la veta incaica. Ya habíamos admirado su estilo ameno, vital, de sorprendente movimiento, en *La Linterna de Diógenes*, y sus cuentos, pero es ahora cuando le tengo más próximo, en estos libros que me llegaron desde hace algunos meses y que sólo ahora puedo anotar en esta rápida ojeada bibliográfica.

El colombiano Luis Tablanca editó en Bogotá el año pasado su primera novela, *Tierra Encantada*, de la que se ha hecho ya una segunda edición. Costumbrismo de buena ley hay en ella, y ese estilo fresco del Tablanca de los *Cuentos Sencillos*. Su novela ha tenido apreciables loas y la consagración de algunas voces indignadas, en la tierra escenario de la farsa. Pero Tablanca no ha puesto en ridículo su ciudad. Apenas ha hecho la pintura de ella, con cariño de poeta ya maduro que recuerda los lugares donde rió su infancia. *Tierra Encantada* pudiera ser la novela de todas nuestras ciudades coloniales, llenas de prejuicios, de fanatismos, de intransigencias, y esto acentúa su colorido y su valor documental.

En campo diametralmente opuesto han obtenido éxito también, en Colombia, recientemente, los dos libros *El ocaso de Bolívar* y *Anales del Magdalena*, de José Ignacio Méndez y el Dr. Manuel E. Lanao, respectivamente. El primero recoge con acierto todos los documentos relativos a los últimos días y la muerte del Libertador. Documentos de la época y contemporáneos, entre éstos el curioso estudio de Eduardo Urueta, médico, quien deduce del detenido examen del diario del Dr. Reverend, médico de cabecera de Bolívar, que este no murió, como hasta ahora se ha creído, de tuberculosis pulmonar, sino intoxicado, por cantaridismo. Méndez, además, hace preceder su notable recopilación de un ensayo histórico, suyo, sobre las últimas etapas de aquella gran vida.

El segundo de estos libros abraza la historia del Magdalena desde 1498 hasta 1810, época de la independencia del país. Llama la atención por lo ordenado del plan, claro y conciso, lo que facilita y hace agradable y provechosa la lectura. El Dr. Lanao no viene nuevo a estas actividades. Con el Dr. Florentino Goenaga comparte en la tranquila ciudad atlántica una vida de estudio que ha producido laudables frutos.

Al lado de estas obras leo ahora *Los Epigramas* de Carlos Díaz Dufoo, hijo, libro de horas de graves y a veces peligrosas meditaciones, que suma un valor nuevo a la rica bibliografía azteca. Díaz Dufoo arde también en el delirio sintético que nos han traido los aires de la guerra, y, a decir la verdad, en algunos de sus pensares incurre, como Max Jacob, en tenebrosas oscuridades. Otra cosa: ¿Por qué *Epigramas*? Fué la palabra que tuve cuando leí el libro, ofrecido en nombre del autor por el secretario de la Legación de México, que también es un escritor.

Y cierro estos apuntes de hoy con el libro singular *El viajero en el vértice*, de germán lizt arzubide, que pertenece al movimiento denominado *estridentismo*, en México, al que corresponden firmas como las de Maples Arce, Arqueles Vela y otros. *El viajero en el vértice* tiene poemas de una gran sensación.

Quédanme por marginar algunos otros libros recibidos. Lo que será en próxima vez.

G. Castañeda Aragón

Heredia, Costa Rica.
Abril de 1928.

NOTA DEL EDITOR.—Castañeda Aragón, cuyo viaje a Lima estaba ya anunciado, demorará unos días más en Costa Rica, por haber la compañía naval cambiado el itinerario del vapor que debía conducirlo.

Palabras de Goethe

La obra necesaria

= De *La Libertad*. Madrid. =

GOETHE me atrae cada día más. La lectura de sus obras me seduce. Y de ellas, entre todas, es mi favorita *Fausto*. Entre todos los grandes escritores cuyas obras consulto y frecuento, no hay ninguno, ni el propio Shakespeare, que me induzca a la reflexión como el poeta alemán.

En esta época de universales angustias, de completa anarquía espiritual, de humana desesperanza, al ver en monstruosa confusión, en impío revoltijo, los valores más altos con las más deleznables futezas; en pleno triunfo la filosofía de la frivolidad y el arte de cominear, a diario recuerdo aquellas palabras, de inesuperable acierto, que Goethe estampó en el *Fausto* al escribir:

¡Weh! ¡Weh!
Du hast sie zerstört
Die Schöne Welt
Mit mächtiger Faust;
Sie stürzt, sie zerfällt!
Mächtiger
Der Erdensöhne
Prächtiger
Baue sie wieder,
In deinem Busen baue sie auf.

Que en castellano, a prosa vertido, viene a decir: «¡Desgraciado! ¡Desgraciado! Con tu puño destructor has roto el cielo hermoso: éste tiembla y cae a pedazos. Poderoso hijo de la Tierra, ¡reedifica aún más espléndido ese mundo divino; pero reconstrúyelo en él fondo de tu corazón!»

En el mundo político, universalmente, han sido despedazados los ideales de libertad y de racionalidad, para caer en la sima de la esclavitud y de la animalidad, donde el principio de la violencia, mejor diríamos, el hecho de la violencia, triunfa y se impone.

Como si nos encontrásemos en un trance histórico de obligada liquidación de todos los valores morales que sirvieron de base a la sociedad civil desde el día en que el Cristianismo, recogiendo las voces más bellas y armoniosas que habían sonado en Atenas, preparó los fundamentos del mundo moderno, vemos desdeñados los ideales, negadas las doctrinas, escarnecidos los sistemas que arrancan del gran principio liberal, de la dignidad humana.

Si no creemos en la posibilidad de que el hombre reedifique ese mundo espiritual, reflejo del mundo divino, haciendo que la reconstrucción arranque de su conciencia, de su corazón, de su inteligencia, abandonémonos al acaso, sin afanes ni anhelos, muerta la voluntad, como leños arrastrados por las corrientes del destino hacia el mar del misterio y de la nada.

Si aún conservamos fe en nosotros mismos, si aún creemos en que la luz de esas pequeñas luces que rutilan en la bóveda de nuestra inteligencia, las ideas, son algo y merecen alguna estima, reanudemos esa labor reconstructora para levantar más perfecto, más sólido, más bello, el nuevo templo civil de la Libertad.

Si no queremos renegar de Dios, si no deseamos volver a la vida cavernaria, proclamemos el principio, viviendo y procediendo conforme a El, de que la obra del hombre es necesaria y perfectible, que aunque no está dado el modelo, la norma ni la pauta a que hayamos de sujetarnos para realizarla, tiene su razón, su existencia y su valor superiores, que no pueden desmerecer por las contingencias del tiempo ni por la ceguera de unos hombres o de una generación.

Si el hombre, al escrutarse a sí mismo y llegar en este esfuerzo introspectivo al fondo de su conciencia, no encuentra la razón y la necesidad de estos esfuerzos por mejorar la sociedad y hacer más amable y más justa la vida, lancémonos todos al desenfreno, guiados por las pasiones, dejando que reine como soberano el instinto, y que el más fuerte materialmente esclavice al débil y se erija en supremo soberano.

Un día, Emilio Boutroux, estudiando el gran problema de la Ciencia y de la Religión, combatiendo el positivismo *comtiano*, decía: «La fe en la realidad superior de un objeto ideal, irreductible a todo lo dado, pero susceptible, sin embargo, de imprimir su huella en lo real, ha producido los héroes que con razón honra Augusto Comte:

son los santos de su calendario, aquellos que no creyeron en su religión». Desearíamos nosotros que esos incrédulos políticos, los escépticos o desilusionados, que tampoco creen en la gran religión de la libertad, fuesen, sin saberlo, los héroes civiles del mañana.

Porque en el mundo empieza a insinuarse la mueca de un bostezo iluminado por la eterna luz de ideales; quisiéramos nosotros que los hombres guías de la sociedad contemporánea, los *leaders*, los que la conducen, colocándose en las cumbres de la vanguardia, comenzasen a reedificar en su conciencia, en su mundo interior, ese mundo divino que Goethe ansiaba ver en el corazón de los hombres nuevos.

Augusto Barcia

Noticia: De Goethe podemos ofrecer al curioso lector lo siguiente:

Memorias de mi vida. Poesía y realidad. 3 vols........ ₡ 5.00
Clavijo. Drama.... 1.00
Las cuitas de Werther. Novela........ 1.00

Y a propósito de Goethe las célebres

Conversaciones con Goethe, por Eckermann. 3 vols..... 6.00

El Secreto de la espera

Uno de los secretos más trascendentales de la vida es: Saber esperar. Todos esperamos. Esperamos inconscientemente, hasta la muerte, lo que no ha de llegar nunca: la plena conciencia de nosotros mismos. La Naturaleza espera el último proceso. La madre espera al hijo. La mujer al Hombre. Y el hombre espera la realización de un ideal, la culminación de la Esperanza.

La espera paciente es la que da el triunfo, la que da el laurel, la que da la gloria.

En el interior de todos los actos de nuestra vida está la sabia y oculta espera. La vida no es sino una larga y continua espera. La vida espera la muerte. La muerte espera también la vida. El filósofo espera la llegada de la verdad. El poeta espera la emoción, la llamada de la naturaleza: espera su iniciación.

Nada es más provechoso que esperar. Aún cuando esperemos lo que no habremos de encontrar jamás en nuestro infinito, nos queda al fin de la jornada la honda fruición de haber agotado la espera. Saber esperar es lo único que nos hace dignos de merecer lo que nos aguarda el mañana: lo que nos ha prometido el pasado.

Cuántas veces la mujer que no conoce el secreto de la espera, aguarda al borde del crepúsculo al amado que nunca llega y una desesperación súbita la hace caer en la noche. Mientras la otra mujer que espera sabiamente, salva la pasión y el infortunio iluminada perennemente por el resplandor de la espera.

Si examinamos íntimamente a la naturaleza, no encontramos impaciencia en uno solo de sus actos. Ella es la primera que espera. Ella la que nos da el ejemplo. Ella la que nos enseña siempre a esperar. Es necesario también aprender a esperarnos a nosotros mismos: saber aguardar nuestro regreso. Estar constantemente atentos al instante supremo en que ha de sonar la campana del alma: nuestro canto interior. No importa que no llegue en este ciclo de vida, que algún día ha de llegar. Un hombre que se impacienta es un hombre que se retarda en su ruta. Un hombre que se vuelve en contra de su naturaleza: en contra de todas las fuerzas cósmicas. Pero para saber esperar es necesario tener un gran desinterés, un gran amor cósmico, que nos permita diluirnos constantemente en todas las cosas.

Sólo llegaremos a comprender el secreto de la espera, cuando alcancemos la conciencia de que lo que se espera, llega. Es que la espera sabia y desinteresada, es la plena posesión.

Andrés Avelino

Colina Sacra
Sto. Domingo, R. D.

Tablero

=1928=

Shakespeare: *Teatro.* En 8 tomos empastados en tela, le vendemos estas obras:

Macbeth. Romeo y Julieta. Julio César. El mercader de Venecia. La tragedia de Ricardo III. Hamlet. Los dos hidalgos de Verona. Sueños de una noche de San Juan. Las alegres comadres de Windsor. Enrique VIII. El Rey Ricardo II. La vida y la muerte del Rey Juan. Noche de Epifanía. La Tempestad. La comedia de las equivocaciones. Trabajos de amor perdidos.

Precio de los **8** tomos: **₡ 20.** Sueltos y en rústica, también se venden a ₡ 1.00 y a 1.25 el ejemplar.

Las instituciones.—Y la política no es, por lo pronto, pedagogía ni apostolado, sino, estrictamente, acción del Estado, organización y funcionamiento de instituciones. Estas son mecanismos sociales de incomparable tamaño y eficacia. Si su influjo padece la limitación aneja a todo lo que es puramente mecánico, tienen, en cambio, la ventaja de eso mismo: de actuar mecánicamente, constantes, rigurosas, inevitables, imponiendo las tendencias sociales que en ellas van preconcebidas, sin que su influjo dependa de imponderables caprichosos y etéreos. — ***José Ortega y Gaset.***

Referencias.—...El magistral libro (1) de Cuervo que, consagrado al círculo local del lenguaje bogotano es, sin embargo, obra que deben consultar con frecuencia todos los profesores del idioma.—*Cita de **Ramón Menéndez Pidal.***

(1) *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano.*

El estudio de la gramática histórica castellana ha hecho notables progresos en los últimos años. Basta citar, para probarlo, estas dos obras fundamentales: el *Manual elemental de gramática histórica española*, por R. Menéndez Pidal, (tercera edición, Madrid, 1914), y la *Gramática histórica de la lengua castellana*, por Federico Hanssen (Halle, 1913). Con estas dos obras todo estudiante o profesor de castellano tiene a mano abundantes fuentes de información acerca de la evolución de los principales fenómenos de la Gramática patria. —*Cita de **Rodolfo Lenz.***

En mi curso de Gramática castellana uso como libro fundamental la *Gramática castellana* de Andrés Bello, en la edición anotada por R. J. Cuervo. Esta obra es, sin duda, el compendio más completo y más concienzudo que existe resoecto de la gramática moderna de la lengua española.

Sin embargo, creer que las teorías que Bello estableció en 1847 deben guardarse intactas en la enseñanza, es lo mismo que negar el progreso de la filología castellana desde aquella época hasta hoy. — *Cita de **Rodolfo Lenz.***

Juan de Valdés... al conversar apasible y deleitosamente sobre las cosas que atañen a nuestro idioma, en aquel maravilloso *Diálogo de la Lengua...* —Cita de ***José María Chacón y Calvo.***

El testimonio de los mayores:

De Bello a Bolívar:

Un objeto, entre otros, pide con urgencia la atención de Vuestra Excelencia; y es el crédito público de Colombia. Talvez al otro lado del Atlántico, no se percibe tanto como aquí la absoluta imposibilidad de levantar otro empréstito en Londres. Digo imposibilidad, porque si alguno pudiera contratarse, el sacrificio sería enormísimo; y el gobierno se vería obligado a tratar con especuladores de un carácter equívoco. Pero dado que se cerrasen los ojos a todo, a trueque de lograr una anticipación, Vuestra Excelencia conoce muy bien que no se conseguiría con esto reponer el crédito, sino deprimirlo más y más, porque éste se mide por los recursos de un país, crece con ellos, y se abate a proporción que se multiplican sus empréstitos. Créame Vuestra Excelencia: la pro-

posición sola produciría en Londres la más funesta impresión contra nuestro gobierno, así como, por el contrario, una de las medidas más a propósito para conciliarle la buena voluntad de este pueblo, que tanto influyé en el mundo, es el pago religioso de las obligaciones contraídas. Si hubiese algún cambio en nuestro régimen interior, éste sería uno de los mejores medios de recomendarlo a la Inglaterra y al Universo.

Prosigue Bello:

Dícese que una casa de Londres ha propuesto a Vuestra Excelencia y al ejecutivo de Bogotá recibir frutos, o recoger el producto de ciertos ramos de rentas, haciéndose cargo del pago de los dividendos. No sé la verdad que haya en esto; lo que sé es que Vuestra Excelencia mirará esta proposición como inadmisible, pues, en sustancia, se reduciría a multiplicar el dividendo. Una vez que éste ha de salir de nosotros, ¿para qué valernos de terceras manos, por entre las cuales se deslizaría sin fruto alguno gran parte de los caudales del estado, abriéndonos, a mayor abundamiento, otro campo inmenso de fraudes, malversaciones, inmoralidad, reclamos y litigios internacionales?

Londres, Marzo 21 de 1827.

Etimología.—Cuando los niños se hacen adolescentes (otra palabra henchida de sabiduría; *adolescere* es, en latín, comenzar a sentir el dolor, comenzar a padecer) y padecen la crisis de la pubertad, es decir, cuando el niño se hace de verdad hombre o mujer, y toda su mentalidad se impregna de la gran mudanza que ha sobrevenido en la constitución de sus órganos, a nadie se le ocurre pensar que todo esto acontece con la plena conciencia del niño.—*Cita de Gustavo Pittaluga.*

Señas de escritores:

José D. Frías.—73 Rue St. Jacques. París. France.

Elena Torres.—C/o Miss Carolene M. Wood. Braewold, Mt. Kisco. New York. U. S. A.

C. Sabat Ercasty.—San Salvador 1674. Montevideo. Uruguay.

G. Alemán Bolaños. Guatemala, Rep. de Guatemala. C. A.

La Nota Literaria.—Con este título sacará Samuel Glusberg, en Buenos Aires, y el 2 de junio próximo, un semanario. Es claro, será un semanario muy interesante. Glusberg cuenta con muy buenos colaboradores.

A propósito de la página lírica que hoy publicamos en honor de Juan Antonio Corretjer, nos dice estas palabras nuestro amigo y colaborador Vicente Geigel-Polanco, de Puerto Rico:

Tengo verdadero gusto en acompañarle una página lírica de mi compañero Juan Antonio Corretjer, uno de los poetas jóvenes de Puerto Rico de más acusada personalidad. Fuerte cerebración la de su verso. Novedad en los temas y en la forma. Y emoción. Emoción honda para todos los espíritus alertas a los imperativos apasionados de la hora.

Hemos recibido y agradecemos:

De la Internationale des Travailleurs de l'Enseignement (33, Rue de la Grange-aux-Belles, París (Xe):

Pistrak: *Les problemes fondamentaux de l'Ecole du Travail*. París.

G. Zinoviev: *Le Corps Enseignant et la Dictadure du Proletariat*. París. 1925.

Koresteleff: *Le Sindicalisme Universitaire en Russie*. París. 1925.

Marcel Boubon: *La situation materielle et morale de l'Instituteur dans le monde*. París. 1925.

N. I. Boukharine: *Les Instituteurs et la Jeneusse Communiste*. París. 1925.

A. W. Lounatcharsky: *Les Problemes de l' Instruction Publique en Régime Soviétique*. París. 1925.

C. Freinet: *Un mois avec les enfants russes*. París, 1927.

Les femmes contra la guerre. Saint.-Etienne. 1926.

Programmes Officiels de l'Enseignement dans la Republique des Soviets. París. 1925.

La Internacional de los Trabajadores de la Enseñanza.—Núms. 1, 2 y 3 (1927).

Adrián del Valle: Escritor y periodista de Cuba. Conferencia dada por el Sr. Carlos Loveira, el día 13 de febrero de 1927, en la Academia Nacional de Artes y Letras. Habana, 1927. Donación del autor.

La querella de México ante la VI Conferencia Panamericana reunida en Cuba. En defensa de la civilización y de la humanidad. San Antonio, Texas, U. S. A. 1928. Donación del Comité Central de la International Civic Organization.

Alegato presentado por el representante del Estado Lic. don Buenaventura Casorla ante el Tribunal de Presas en las diligencias sobre la captura del Belén Quesada. Abogado de la Sociedad Panameña de Vapores Lic. don Leonidas Pacheco. Imp. Nacional. San José, Costa Rica. 1928.

Sociedad Española de Beneficencia. 1927. *Memoria*. S. José Costa Rica. 1928.

The Institute of International Education. *Guía del estudiante extranjero en los Estados Unidos*. New York. 1927.

Santiago Argüello: *Mi Mensaje a la Juventud*. San José de Costa Rica. 1928.

Andrés Boza Cano: *El sendero mercantil*. 2.ª edición renovada. Imp. Lehmann. 1928.

Señalamos:

Obras de Manuel Sanguily. Tomo IV: *Enrique Piñeiro*. A. Dorrbecker, impresor. Habana. 1927.

Donación de don Manuel Sanguily y Arizti (calle 27 entre Paseo y 2 Vedado. Habana, Cuba).

Los tomos anteriores:

I. —*Nobles memorias*.
II.—*José de la Luz y Caballero*.
III.—*Oradores de Cuba*.

Juan B. Terán: *El nacimiento de la América española*.—Tucumán, Rep. Argentina.

Contenido:

Preliminares: Introducción.—Italia y España en el Descubrimiento.

La transformación del conquistador: El nuevo medio—La mujer y la familia.—El conquistador y el indio.

La nueva sociedad: La caballería en América.—La rebelión y la discordia.—La religiosidad.—El gobierno espiritual.—La fiscalidad.—El divorcio de la realidad con la ley.—Los espectáculos.

Conclusión: La ciudad americana. El anti-conquistador.

Este libro se comunica con otro reciente del Dr. Terán.

La salud de la América española. Casa Editorial Franco-Ibero Americana. París.

Glosas

Confusión, esterilidad.—Cada día nos aparecen más confusas, en la estructuración de su pluralidad estatal y en el juego de su espiritualidad colectiva, ciertas porciones del próximo Oriente. Europa presencia allí un grave experimento de aplicación del principio de nacionalidades... —Otro experimento es el de Irlanda.—Los dos se parecen en lo detestable del resultado.

Y es que, en el fondo, *Nación* debiera ser siempre un adjetivo que tuviese como habitual substantivo: *Idea*.

Nada peor, para la causa de la luz en el mundo, que la pululación de adjetivos substantivados.

Tigres, guerreros.—Nadie trabajó en favor de la vida sin luchar. Nadie trabajó en favor de la inteligencia sin dividir. Como en la economía de las generaciones, la asegurada y confortable ociosidad del hijo ha sido comprada con el sudor y la fatiga paternos, así la perpetuación ha costado siempre desgarros y la cultura, guerras.

He aquí un tigre que ataca a su hembra furiosamente en la profusión nupcial de la manigua... En lo más hondo de sus pupilas incendiadas hay una imagen que el cerebro de la bestia no ve, pero que *ve* y codicia la obscuridad de su carne toda. Hay la imagen del tigre ideal sin mancha ni merma. Doscientos siglos lleva la Natura en la intención y obra de realizar tal imagen. Para las imperfectas copias de tan puro modelo, *especie o idea*, han servido de instrumento, en infinitos furio-

sos y amorosos ensayos, dos mil generaciones de tigres.

He aquí ahora a unos soldados que se ametrallan sin piedad, bajo el sol de Dios del estío, en una llanura desolada del Argona... Ellos no lo saben. Ellos se figuran batirse por la conquista o por la defensa, por el honor o por el botín. Pero, en verdad os digo, que aquí se trata nada más que de un nuevo ensayo terrible para realizar cumplidamente la idea de hombre.

Lo que sobrevive.—Mueren los tigres. Mueren los guerreros. Mueren las naciones.

Y no han sido más que canales para la sangre de Eva y bocinas para la palabra de Dios.

Tout passe. L'art robuste
Seul, à l'eternité
Le buste
Survit à la cité.

Et le medaille austère
Qui trouve un laboureur
Sous térre,
Revéle un Empereur...

Así cantaba el poeta.

Sí. Pero es que, en el secreto de las cosas, en los designios de la continuada creación natural, si la ciudad existió, ya era para que fuese producido el busto. Y el Emperador, para que se eternizase su efigie en la medalla.

Y las Naciones, ¿para que existen? Las Naciones existen para las Ideas.

Enfermedad y salud de nuestra América.—Desviemos ahora los ojos de este Oriente próximo, tan confuso. No los dirijamos hacia esta Irlanda, tan estéril.

Cae más allá la América amada, sangre de nuestra sangre. Cuyos anhelos sabemos nosotros; cuyas angustias seguimos. En la humillación de Nicaragua, como en la tensión espectante del Congreso panamericano.

Ahora empezáis, hijos, a ver claro cuál ha sido vuestra debilidad... Este—aquél—Nacionalismo. Esta pululación de Estados no coincidente con una multiplicidad de Significados.

Tanta Ciudad sin Busto. Tanto Emperador sin Medalla.

Tanta y tanta Nación sin Idea.

Pero si la enfermedad se llamó Nacionalismo, la salud se llamará Anfictionía.

En el fondo de las pupilas de cada americano, debiera haber—sentada en lo inconsciente, sentada en la cultura—, debiera haber—para el amor y para el odio, para la unión y para la lucha—la imagen del americano perfecto.

Eugenio d'Ors

(A. B. C. Madrid).

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica